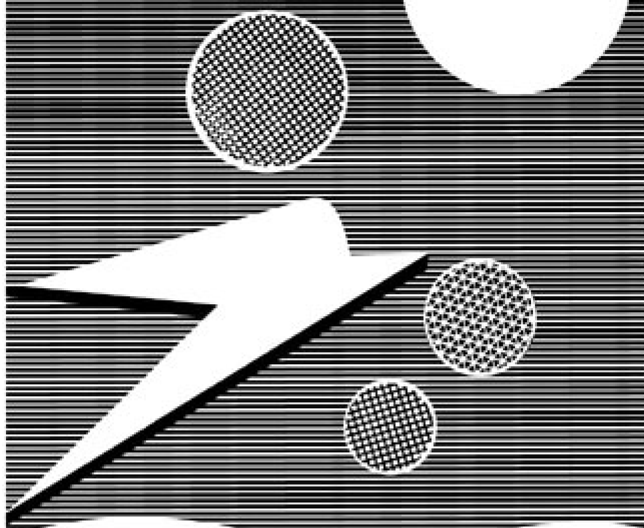
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

TRAS EL REINO DE LAS TINIEBLAS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

129 – El monstruo gritó en silencio, *Curtís Garland*.

130 – Intriga en la galaxia, *Glenn Parrish*.

131 – Los "agentes", *Marcus Sidereo*.

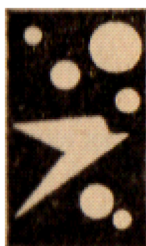
132 – Robots en el pantano, *Ralph Barby*.

133 – Encrucijada del espacio-tiempo, *A. Thorkent*.

CURTIS GALAND

TRAS EL REINO DE LAS TINIEBLAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 134
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 1.316 - 1973

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1973

© Curtis Garland - 1973
texto

© Ángel Badía - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1973

PRIMERA PARTE

ARAK DE TEBAS

PREFACIO

«Tú, Nut, gran diosa del cielo, extiende tus alas protectoras sobre mí, mientras luzcan las imperecederas estrellas...»

Inscripción funeraria de la tumba del rey Tutankhamón, de la XVIII dinastía (1567-1320, a. de C.)

Esta es una extraña historia de ficción y de ciencia. De fantasía y de leyenda, de imaginación y posibilidades remotas de los científicos de otros tiempos. Pasado y presente, juegan a ser futuro. La Vida y la Muerte parecen otra dimensión diferente. Es sólo un juego literario, una pirueta imaginativa, una burbuja novelesca.

Pero, ¿por qué no puede ser verdad? En los tiempos en que se conservan en estado de crionización los cuerpos humanos de famosas personalidades fallecidas, cuando se hacen trasplantes audaces... ¿vamos a dudar de que esta fantasía de anticipación sea posible?

CAPITULO PRIMERO

RECUERDOS DE UN GUERRERO I

«Hay un mundo real y otro fantástico. ¿Cuál de los dos mundos es el verdadero? Yo creo que los dos.»

TENNESSEE WILLIAMS

"Mi nombre fue Arak.

Arak de Tebas, guerrero de Egipto.

Sí, yo fui guerrero egipcio. Yo luché por el Imperio. Yo defendí a mi país contra los eternos enemigos del esplendor de los Faraones. Inscribí mi nombre en la crónica de oro de los héroes de mi tiempo.

Yo he conocido el esplendor magnificente del Imperio Medio, desde el 2040 hasta el 1680 antes de Cristo. Yo he vivido las glorias de la guerra y de los grandes triunfos en batallas contra invasores de nuestro suelo egipcio. He guiado mis carros de combate contra pueblos que amenazaban el poder de nuestras Dinastías reinantes. Exactamente desde la Decimoprimera Dinastía hasta la Decimocuarta. Los Faraones tuvieron en mí, Arak de Tebas, a un hombre fuerte, poderoso y que jamás se arredró ante el peligro, ni ante enemigos superiores en número o armamento.

Yo, Arak de Tebas, salí triunfante en todas las ocasiones en que fueron precisas las armas para defender el Imperio. Pueblos persas, pueblos negros, pueblos de extrañas razas, gentes del Sur, navegantes misteriosos, llegados por el mar hasta Egipto... Todos cayeron bajo nuestro valor de guerreros fieles y leales. Hititás y nubios, hicsos asiáticos, libios belicosos y conquistadores...

Todos, absolutamente todos, cayeron bajo mi fuerte brazo, humillados, vencidos. Prisioneros de nuestros grandes Faraones, desfilaron en interminables hileras hacia las canteras y los lugares de emplazamiento de bellos y gigantescos mausoleos para nuestros monarcas, para sus egregias esposas...

Antes, también los feudales egipcios tenían el poder de controlar a los esclavos, de hacerles construir sus viviendas, sus jardines, sus tumbas... Ahora empezaba a ser diferente. Los nobles feudales eran suprimidos por el poder del Faraón, cortando así sus abusos y su feudalismo brutal que llevó a nuestro gran pueblo a la anarquía en los tiempos decadentes, pero victoriosamente superados, de la Sexta Dinastía, a finales del Antiguo Imperio.

Ahora, los señores feudales eran suprimidos y despojados de sus privilegios injustos. Ahora, desde que nuestro Faraón Mentuhotep II, hizo de la hermosa Tebas capital del Imperio, todo es diferente aquí.

Grandes obras de riego, minas de cobre del Sinaí en plena producción, para armas, para útiles, para herramientas, para obras artísticas, son obra de nuestros Faraones. El esplendor cultural, la literatura de nuestro pueblo, los nuevos templos magnificentes, las colosales esculturas, todo ello para mayor gloria del dios Amón, señor de todos los hombres, son la gran avanzada de la civilización de nuestro Imperio.

Y nosotros, los hombres de armas, defenderemos todo eso con nuestra vida, con nuestra piel, si es preciso.

Nosotros, los soldados. Los guerreros. Los egipcios que aman y respetan, defienden y protegen a sus Reyes. A su pueblo. A su significado en el mundo, sea por su pasado, por su presente… e incluso por su futuro.

Yo, Arak de Tebas, guerrero, capitán de mis tropas valerosas y fuertes, así he sido siempre.

Yo fui así, cuando fui el más grande, el más valeroso, el más fuerte, admirado y temido guerrero de todo el Egipto. De todo el Oriente, de todo África, de todo Asia.

Yo, Arak de Tebas, fui ese hombre. Fui ese soldado.

Conocí la gloria del triunfo y del halago, las condecoraciones y la felicitación real. Lo conocí todo. Incluso… el amor de las más bellas mujeres del Imperio. De las más hermosas, las más ricas, las más altas y aristocráticas damas de todo Egipto, desde Tebas a Gizeh, desde Memfis a Luxor, desde Karnak a Abu Simbel…

Yo, Arak de Tebas, viví todo ese goce, ese placer. Victorias en los campos de batalla y en los jardines de rumorosas aguas frescas, en la complicidad de la noche, bajo la luna redonda y amarilla de Egipto; en las márgenes del Nilo, entre lotos y papiros, a la sombra de colosos de piedra que rememorarían durante todos los siglos venideros la efigie y el esplendor de unos reyes, de un pueblo, de una cultura y una civilización.

Victorias frente a enemigos armados, de resplandecientes armaduras y filos de acero. Victorias en el terreno de combate. Y victorias en las alcobas de las hermosas damas de Tebas…

Una de esas damas, la más alta, la más egregia. La primera dama de Egipto. La esposa del Faraón.

Si eso se descubría, estaba perdido. El adulterio con la esposa del Faraón, significaba la muerte. El tormento, incluso la degradación. El fin ante todo el pueblo.

Y eso se descubrió. Eso se llegó a saber.

Yo, Arak de Tebas, fui sorprendido por el Faraón mismo. Y por su consejero, el Sumo Sacerdote Djet[1].

No hubo perdón. Ni me molesté en pedirlo. Ella tampoco demandó clemencia. Sabía que no podía existir. Cuando menos, su muerte fue

piadosa. El Faraón la amaba demasiado para torturarla.

Un áspid venenoso mordió su blanco seno virginal. Una muerte rápida y dulce. Creo que me sonrió dulcemente al morir. Pero no podía jurarlo. Nunca estuve seguro de si fui para la esposa del Faraón un simple amante, fruto de un capricho pasajero... o el principio de un gran amor truncado e imposible.

Para mí, ella... tampoco sé lo que significó. Creo que siempre me asustó un poco pensarlo.

Y, después de todo, no tuve tiempo para pensar mucho.

La sentencia fue rápida: muerte al traidor.

El Sumo Sacerdote de Amón, Djet, sugirió la tortura, el descuartizamiento previo. El Faraón no le escuchó. Dijo, simplemente, que mi muerte sería lenta y penosa. Pero sin dolor físico.

Confieso que no lo entendí muy bien. Pero me dio miedo.

Y había razón para tener miedo. El Faraón era justo, noble y arrogante. No me odiaba, creo yo. Sencillamente, se sentía, ofendido. Y dolido en sus sentimientos. Además existían unas leyes inviolables. Ni siquiera yo, y sus consecuencias. Ni siquiera yo, su capitán victorioso, líder de sus mejores soldados, podía evadirme a la sentencia implacable.

Creo que todo aquello le dolió profundamente. Me miró, majestuoso, desde su trono de oro y piedras preciosas, empuñando los símbolos de su realeza, con su corona real, de tejido de oro, rematado en la serpiente simbólica... Y dijo, lento, como herido:

—¿Por qué, Arak? ¿Por qué precisamente tú... y ella?

No respondí. No hubiera sabido hacerlo. No dije nada. Me limité a contemplarle, y creo que, aunque no bajé los ojos, lo hice solamente por arrogancia, por no revelar miedo o humillación ante su supremo poder. Pero él supo que todas las disculpas del mundo flotaban en mis ojos rasgados, de egipcio nacido en Tebas. ..

Luego, señaló a los soldados, a los que hasta entonces habían sido mis subordinados:

—Llevadle. En su celda esperará el momento de ser ejecutada la sentencia.

En silencio, mis hombres me condujeron a la celda. No cruzaron palabra. Pero al despedirse, me saludaron Con fría gravedad, rígido su castrense modo de rendirme el arma. Les vi alejarse, por el corredor lóbrego, donde humeaban las antorchas resinosas.

Supe que de allí solamente saldría para la muerte. Y me pregunté qué clase de muerte me reservaba la justicia vengativa del Faraón, y la perversidad del Sacerdote Djet, siempre dispuesto a ayudar a desaparecer enemigos suyos, rivales en la estima del Faraón, para quedar él como único consejero y, por tanto, supremo aprovechado de las debilidades del monarca. Siempre, por supuesto, en nombre del

dios Amón que, a juzgar por las palabras de Djet y de otros Sacerdotes, era culpable de demasiadas atrocidades, para creer en su divinidad. Pero claro, eran sólo palabras. Para mí, ellos, los servidores de rapada cabeza, que hablaban en nombre de Amón, no hacían sino mentir, mentir siempre…

Llegó el día de mi ejecución. No hubo indulto. No apelé tampoco, pese a los consejos de un suboficial que me visitó en mi celda, para despedirse de mí en este mundo.

Mi destino era morir. Y moriría. Deshonrado y sin esperanzas de que mi barca llegase triunfante a la orilla del mundo de los Muertos. Sin la ayuda de ningún atributo que me permitiera ser benévolamente juzgado por Osiris.

Solamente cuando vinieron a por mí soldados y Sacerdotes, supe cuál era mi horrible destino final. Malignamente, el Sacerdote Djet me informó de ello:

—Vas a ser sepultado en vida, Arak de Tebas. Que

Osiris sea benévolo contigo. Y que el gran dios Amón te ayude cuando Anubis pese tu corazón y tu verdad[2].

Iba a ser enterrado en vida. Esa era la lenta muerte que me esperaba.

Esa era la terrible sentencia del Faraón engañado.

No temblé. No me inmuté. Sencillamente, me dispuse a morir.

Y, Arak de Tebas, guerrero invicto en mil batallas, no podía temblar. No podía sentir miedo.

Así, cuando las losas se cerraron tras de mí, y me encontré en una cripta funeraria donde mi cuerpo se descompondría, inexorablemente, sin haber sido momificado ni embalsamado para la vida eterna, supe que todo había terminado.

No había poder en todo Egipto capaz de remover nuevamente aquellos pesados bloques de piedra, obstruyendo los accesos a la cámara funeraria de Arak de Tebas. Frutos y trofeos de guerra, alimentos, bebidas e incluso joyas obtenidas como botín ante el enemigo, me eran dejadas allí, en tornó mío.

Las antorchas resinosas despedían llama y humo en el ambiente lóbrego y enrarecido. Afuera, cada vez más lejanos, cánticos funerarios de monjes en procesión, formaban mi definitiva despedida del mundo de los vivos.

Ninguna gloria me esperaba al otro lado del río por donde debía navegar mi alma, en la busca de los Muertos, entre Isis y Neftis, las dolientes hermanas de Osiris. El alado espíritu Ba, la supervivencia material de mi ser, no tendría trabajo conmigo, muerto en la impureza y la maldición, sin tener siquiera el honor ínfimo de viajar hacia el Inframundo de los muertos con mi cuerpo yacente convertido en momia balsámica y eterna.

Allí moriría, lentamente. Asfixiado, a medida que el aire encerrado en la cámara funeraria se agotara. A oscuras, cuando la falta de oxígeno impidiera arder las antorchas...

En la negra sombra, la negra y larga muerte agobiante.

Era mi castigo. Mi expiación.

Y la acepté.

Yo, Arak de Tebas, acepté mi destino. Y esperé, paciente, la hora lejana de morir.

Mientras, afuera, tras el corredor secreto, cerrado por bloques de piedra en su laberinto ignoto, salmos sacerdotales y aromas de incienso quemado se alejaban, se difuminaban para siempre en la distancia.

Me quedé solo.

Solo con los dioses de la Muerte. Solo conmigo mismo.

Sí. Así fue mi historia.

Así había vivido. Así iba a morir.

*

Así he muerto.

Yo, el soldado Arak de Tebas, soy, quizá, el único hombre que viajó a la Muerte... y puede contarlo.

El único que puede decir lo que vio MAS ALLÁ DE LA MUERTE...

CAPITULO II

RECUERDOS DE UN GUERRERO-II

"Haz la justicia mientras estés en la Tierra. El hombre permanece después de muerto, y sus actos se colocan a su lado en montones. Sin embargo, la vida del Más Allá, es para la eternidad... y aquel que la alcance sin obrar mal, será como un Dios."

Dejé de leer.

Los salmos del Libro de los Muertos eran hermosos y confortantes. No los dejé de seguir por falta de voluntad o de deseos..., sino por carecer de luz.

Luz...

La última llama se había extinguido.

Estaba a oscuras. El aire era fétido. Las frutas no se descomponían. Había comido algunas, buscando frescor húmedo para mi boca reseca y mi aliento fatigado. Las sienes palpitaban. El corazón iba demasiado de prisa.

El fin se acercaba. Cuando la llama cedía, es que no había prácticamente oxígeno.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. No encontré respuesta. No lo sabía. No podía saber ya nada. Se pierde la noción de muchas cosas en un lugar así.

La muerte estaba próxima. Casi la deseaba. Iba a ser el fin. Definitivamente el fin.

No me dejaron armas. En eso, los Sacerdotes fueron astutos. O acaso el Faraón. Ni un cuchillo de hierro o de oro, ni una lanza, ni un arco y carcaj, ni una cimitarra o una daga, o un hacha.

Nada. La muerte sobrevendría por sí misma. Sin provocarla, sin anticiparla por propia voluntad. Era sarcástico: un guerrero, moriría sin un arma cerca de él. Aunque la hubiese tenido, no la hubiera utilizado contra mí. Es una cobardía. Y Arak de Tebas no fue nunca un cobarde.

Respiré hondo. Me lo reproché inmediatamente. Eso reducía el aire existente. Y, cuando menos, quería tener tiempo suficiente para elevar a Amón mi última oración. Para pedir perdón para mí y para mis verdugos. Para morir, cuando menos, en paz, ya que no en la gracia que no se negaba ni a las castas inferiores de Egipto.

Sin sarcófago, sin momificar, sin bálsamos, sin pinturas funerarias. Abandonado como un perro. Enterrado en vida.

Empezaba a faltar ya el aire mínimo para sobrevivir. Los zumbidos de mi cabeza apenas si me dejaban concentrarme en la oración. Caí de rodillas. Tanteé en la oscuridad, y tropecé con un cesto de frutos, derribando su contenido. Un aljibe de vino rodó después, y el olor

agrio del vino fresco empapó mis manos y rodillas.

Luego, caí de bruces. Abrí la boca. No encontré aire. Sólo un olor fétido, un denso e irrespirable clima agobiante. Un jadeo inhumano escapó de mis labios. Mi cuerpo rodó por el suelo, mi cabeza golpeó un muro.

Y la oscuridad de la cámara funeraria lapidada, fue más intensa ahora. Porque esa oscuridad llegó hasta mi mente. Lo borró todo. Me hundió en una sima sin fin.

Supe que el viaje hacia Osiris y Anubis había comenzado.

Supe que el mundo y la vida quedaban atrás. Mi larga y última travesía se había iniciado.

Estaba muerto.

Supe que estaba muerto.

Y ya no supe más.

CAPITULO III

FIN DE LOS "RECUERDOS DE UN GUERRERO"

—¿Estás seguro, Primero?

—Por completo, Tercero.

—¿Es ahí?

—Es ahí.

—No se ve nada que confirme tus suposiciones.

—No son suposiciones, Tercero. Yo nunca me guío por suposiciones. Es ahí. Lo dice la Máquina. Eso es todo.

—Bien. Entonces, sigamos adelante. Pero tal vez haya un error en los cálculos...

—La Máquina no comete errores. Continúa la maniobra.

—Sí, Primero. Como tú digas...

—Es la última parte del viaje. No habrá más. Sólo él nos falta.

—El... y retorno a casa —habló el Tercero.

—A casa —asintió el Primero—. No podemos retroceder ahora. Es la orden. Hay que cumplirla.

—Me pregunto cómo. En otras ocasiones ha sido diferente. No..., no logro ver nada en mi pantalla, Primero.

—¿Has buscado bien?

—Sí, muy bien. De todos modos, he marcado corrección automática de las coordenadas Espacio-Tiempo. Espero que sea suficiente. Pero no sé... Veo algo raro en todo esto.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Si lo supiera... —la cabeza azul de Tercero se movió, oscilante, dado su enorme volumen ovoide. El rostro, increíblemente pequeño para aquel cráneo, reveló perplejidad—. Es..., es algo que rodea a ese hombre. No logro adivinar qué...

—Deja de adivinanzas, entonces. No es científico. Y nosotros somos científicos. La Ciencia lo puede y lo resuelve todo. Sigue buscando. Y no reduzcas marcha ni varíes el rumbo. La Máquina jamás se equivocó. No va a hacerlo ahora, Tercero.

—No, supongo que no... —dudó todavía el aludido.

Siguieron manipulando su extraño navío. Tercero pulsaba complejos teclados ante sí, en el panel de vidrio flotante. Delante, una pantalla suspendida en el aire, ovoide y luminiscente, revelaba solamente líneas curvas en rápida sucesión.

De súbito, hubo una imagen concreta. Un color preciso, rojo intenso. Y en él, un signo que sólo él y su compañero podían entender. No viajaba nadie más en la nave, después de todo.

—Mira —susurró Tercero. Su cabeza enorme osciló—. ¿Ves eso, Primero?

Primero lo vio. Asintió despacio, en un silencio incómodo.

—Ya veo. Muerto... Nuestro hombre está... muerto. ¡Imposible!

—Es lo que dice ahí, ¿no?

—Era un hombre importante. El más importante en su clase.

—Pero está muerto. Eso lo termina todo. Te dije que había algo raro en esto.

—Espera. El signo es indeciso. Se altera a veces. Cambia por otro signo menos concreto. Mira la pantalla.

—La estoy viendo. Son signos parecidos: "Muerto" y "Sepultado". Eso, en este mundo, es una misma cosa, ¿no...?

—Tal vez no. Investiguemos, Tercero.

—¿Cómo? Si está sepultado...

—Utiliza el traslado de materia. A través de cuerpos' sólidos, con la placa de retorno a punto para funcionar automáticamente por onda mental.

—¿Qué pretendes, Primero?

—Pretendo llegar hasta él. Esté vivo o muerto..., quiero verle.

—Eso no resolverá nada. No hemos venido a "ver". Buscaremos otro...

—No. Aún no. Ve en busca de él. Luego buscaremos otro.

—Como quieras. Pero no podemos perder mucho tiempo. Aunque sean diferentes el de aquí y el nuestro... no podemos permitirnos ese lujo, tú lo sabes.

—De todos modos, sigue adelante. Algo me dice que no hay que desechar ninguna posibilidad.

—Muy bien. Vamos allá... —empezó a accionar diversos resortes y mecanismos de a bordo—. Traslación de materia a través de cuerpos sólidos... Placa de retorno sensibilizada automáticamente, por control mental remoto. Punto de acción.

—Ya vamos, Primero.

—Excelente. ¡Adelante, Tercero!

Y hubo un estallido de luz a bordo.

La nave extraña, fantástica y lineal, se hizo polvo de estrellas, chispas luminiscentes. Luego, nada. Se borró de su punto de situación. Se hizo intangible. Invisible también. Dejó de ser y de estar, en apariencia.

Allá, en la Ciudad de los Muertos de la hermosa capital del Imperio Egipcio, la orgullosa y radiante Tebas, fue como si las estrellas se reflejaran de repente, en un ramalazo insólito de luz de polvillo luminiscente y fugaz. Un guardián de la Ciudad de los Muertos, asustado, dejó caer su lanza y corrió al cuerpo de guardia de los protectores de las sepulturas magnificentes de aquella gran Necrópolis.

Cuando la patrulla de retén acudió, con sus espadas dispuestas, no

encontró nada ni a nadie. Y al asustado soldado, la pretendida alucinación le valió un arresto. El protestó una y mil veces, porque estaba seguro de que no era una alucinación, y había visto aquella llamarada estelar en la loma reservada a los impuros, a los desechados, a los que eran momificados, a los asesinos, ladrones y delincuentes que eran sepultados vivos o arrojados a fosas comunes.

Y no era una alucinación. Pero jamás pudo probarlo.

*

Las sombras se hicieron luminiscentes. Un halo azulado flotó ante el cuerpo tendido en las losas, entre frutos y vino derramado.

Unos grandes ojos claros, astutos, fríos e inteligentes, se clavaron en la forma tendida, en los músculos poderosos, en la epidermis broncínea, en el cuello nervudo y musculado, en las grandes manos, con muñequeras de metal, en el rostro hermoso y exótico» joven y viril, ausente de todo signo de vida.

—Te lo dije, Primero. Está muerto. No hay aire respirable para ellos. Esto es una tumba hermética. No hay salida. Pero tampoco entrada. Er aire se estancó. Se agotó el oxígeno. Huele a veneno puro. Para él, es veneno mortal.

—Sé todo eso. Aun así, vale la pena. Recoge el cuerpo.

—¿Qué?

—Usa la suspensión magnética. Alza el cuerpo. Introdúcelo en el cerco de luz.

—¿Qué es lo que pretendes ahora? Es sólo un cadáver. Tú conoces las leyes humanas. Y sabes de su biología. Los muertos no sirven. No son nada. Sólo materia que se pudre, que se corrompe...

—Hablas de humanos. Nosotros no lo somos. Apenas humanoides en un veinte por ciento. Es todo. Vamos, recoge al muerto. Elévalo. Introduce su cuerpo en el espacio de materia transportable.

—Puede fallar. Hemos proyectado nuestra materia, no la de él —se quejó Tercero—. Si falla la operación y se desconecta el disco de retorno... sabes cuál sería el resultado.

—Lo sé: nunca saldríamos de aquí. Nos quedaríamos con él por una eternidad. Apresúrate Tercero, o la placa puede funcionar automáticamente, devolviéndonos a la nave. Entonces, ya no nos sería posible regresar a por él de nuevo. Consume mucha energía esta operación y sólo queda la reserva suficiente para el regreso.

—Muy bien. Lo intentaré. Si fracasarnos, tú serás el culpable...

—Asumo toda la responsabilidad.

—¿De qué servirá eso, si nos quedamos aquí dentro? Nuestro poder mental no puede mover bloques de piedra de varias toneladas, en busca de una salida...

—Y si te entretienes más, no podremos mover ni el traslator de materia. ¡Vamos ya!

El cuerpo del hombre muerto pareció presa de una magia ignorada. Se elevó, flotó en el aire fétido de la cámara funeraria. Se alzó, entrando en el halo azulado donde sonaban las ultravoces que nadie hubiera podido captar con un simple oído humano.

Luego, mentalmente, Primero y Tercero se concentraron, emitiendo ondas cerebrales hacia su nave invisible. El traslator de materia actuó, controlado por la placa automática de a bordo.

Hubo otro ramalazo de luz. Afuera, luz de estrellas se elevó en la noche, como un raro meteoro azul, surgido de las lomas de la Ciudad de los Muertos, en Tebas.

Esta vez, la guardia no vio nada. Les sorprendió de espaldas y, cuando creyeron advertir algo y sus cabezas se volvieron, ya no había nada.

En otro lugar, en una nave luminiscente, fantástica y lineal, dos formas azules se materializaron. Dos grandes cabezas azuladas, de abombado frontal y rapado cráneo translúcido, se inclinaron sobre la forma material que habían trasladado consigo a bordo.

Un cuerpo que parecía bronce puro, una talla musculosa obra de algún artista épico, yacía en el suelo vidrioso. Un detector fue aplicado sobre la nuca y el corazón del yacente. Los hilos plateados, terminaban uniendo ese detector a un aparato completo, que empezó a emitir señales luminosas vibratorias. En una pantalla oval, osciló una luz roja. Otra amarilla se mantuvo inmóvil, formando una línea quieta.

—El corazón no funciona —dijo Primero—. Clínicamente, está muerto... ¡Pero el cerebro sigue activo!

—Muy débilmente —le señaló Tercero, escéptico.

—Conforme. Muy débilmente..., pero aún vive cerebralmente. La biología humana es concreta en eso: un ser humano no está muerto, en tanto haya una leve señal de vida en su cerebro.

Tomó rápidamente el cuerpo yacente, con ayuda de una corriente magnética que elevó el poderoso ser en el aire. La fuerza física de los dos entes azules, parecía muy débil, muy escasa para semejantes empeños.

El cuerpo de bronce fue introducido en una cámara cristalina, opalescente, que se llenó de un vapor irisado. Las oscilaciones aumentaron en la línea roja de la pantalla. La amarilla continuó igualmente quieta.

—¿Qué pretendes? —indagó Tercero.

—Impedir que muera.

—Ha muerto ya.

—Posiblemente haya muerto. Entonces, resucitará. Si no ha

muerto del todo, impediré que cruce esa línea definitiva. Mira: su cerebro se reactiva lentamente.

—Pero su corazón, no.

—Eres demoledor, Tercero. Nunca confías en nada.

—No confío en imposibles.

—Para la ciencia, nada es imposible.

—Digamos… improbable.

—Tampoco. Si su cerebro no ha muerto… él no ha muerto. Estoy seguro.

—Si lo resucitas, no tendrás nada. Un muerto-vivo no nos sirve, bien lo sabes. Son autómatas, simplemente. Gente que pasea, sin razón ni motivo. No se debe volver de la Muerte. Ni siquiera en nuestro mundo y con nuestra ciencia.

—Insisto: no ha muerto todavía. Si lograra que el corazón… ¡Eh, mira eso!

Tercero miró. Su triste rostro pequeño y puntiagudo, bajo el enorme cráneo, reveló perplejidad y disgusto.

—Bien —dijo—. Lo has logrado. Enhorabuena. Tú hombre ya vive… Pero ¿qué será? ¿Un hombre todavía? ¿O un zombi?

—No lo sé. La respuesta está ahí: en él —suspiró lentamente Primero—. Pero su línea amarilla empezó a oscilar. Y la roja vibra con más intensidad cada vez…

Era cierto. La actividad cerebral, crecía. La cardíaca, acababa de iniciarse.

Un hombre iba a volver de la tumba, como un nuevo Lázaro…, pero antes de existir Lázaro.

Un hombre había iniciado su resurrección, justo un momento antes de cruzar definitivamente el río de las sombras, a bordo de la barca de Isis y Neftis, hacia el juicio de Osiris.

Un hombre que fue un gran guerrero en Egipto. Un hombre llamado Arak de Tebas…

CAPITULO IV

—Arak de Tebas. Es su nombre.

—¿Vivirá?

—Vivirá, definitivamente. Nunca llegó a morir. Pero sin nuestra ciencia, ya estaría muerto. No había nada capaz de resucitarlo. Mentalmente, está sano por completo. Físicamente, se encuentra muy extenuado por el prolongado encierro en la sepultura. Pero de todo eso se rehará pronto… Nuestros métodos de recuperación son muy superiores a cuanto ese hombre pudo imaginar que existiera.

—¿Has hecho el cómputo de su nivel mental y físico?

—Sí. Físicamente, su potencia es colosal. Podría despedazar a cientos de nosotros, sólo con intentarlo. Pero le fallaría la mente. Su cerebro es primario. No sabe de telepatía, no posee ondas mentales, no tiene poderes cerebrales. Es un cerebro sin cultivar. Como todos los humanos.

—Entonces, ¿de qué va a servirnos?

—Recuerda que no buscamos un científico, sino un guerrero. Y él lo es.

—Un guerrero tiene fuerza física, tú lo has dicho. Pero no cerebro.

—Tiene cerebro de soldado. Es lo que cuenta. En cuanto a su físico… también será aprovechado. Le necesitábamos. Y ya está con nosotros. Estamos de viaje de regreso. La misión final se ha cumplido con éxito. Quieres algo mejor, Tercero?

—No, Primero —resopló el otro—. Sólo deseo estar ya en Thor. En nuestro mundo…

—Sí —Primero contempló, dirigiendo la mirada atrás, a través de una de las ventanas de su extraña nave, la distante imagen de un planeta azul, perdido en un Sistema Solar que no era el de ellos. Sacudió la cabeza, pensativos los enormes, redondos, abultados ojos glaucos. Tras la membrana azul de su cráneo, palpitaban las gruesas venas, sobre el palpitar fofo de su tremenda masa encefálica, desprovista de tapa craneana ósea—. Thor… Ese es un mundo diferente. Y ahora, a nuestro regreso, será el mejor de todos. Todo va a ser mucho mejor…

La nave de luz y fuerza, pura energía en viaje por el Cosmos, se perdió, con un centelleo fugaz, allá en los confines del infinito Universo.

*

Despertó. O resucitó.

No podía estar seguro de una u otra cosa. Sólo sabía que creyó morir. Acaso que murió, realmente. Esto, sin embargo, no podía ser la barca de Isis.

Ni el inframundo de Osiris y Anubis. Ni el sombrío Reino de los Muertos.

Había luz. Mucha luz. Extraña luz. Allí, todo era extraño. Y nuevo. Desconocido, fantástico.

Se incorporó, casi con un rugido. La voz se ahogó en su garganta. Tosió, aferrándose a la mesa suave, blanda, flotante, en que había estado yacente. Una rara mesa. Un tablero espumoso, sostenido mágicamente en el aire. Ningún Sacerdote de Amón logró jamás prodigio opresivo. Algo le molestaba en la cabeza. Más liviano que su casco guerrero. Pero más opresivo también. Sus dedos se enroscaron en extraños cables, conectados a aquel casquete. Intentó despojarse de él, y no le fue posible. Parecía como adherido a su cabeza. Además le descargó una sacudida, un latigazo cosquilleante y molesto. Era eléctrico, pero eso él no podía saberlo. Desconocía la electricidad.

—¿Qué significa...? —habló en egipcio—. Esto no tiene sentido.

Paseó por la habitación. Era curva, redonda. No tenía puertas ni ventanas. Ni abertura ninguna. Suelo, techo, paredes, todo se confundía. Era como estar dentro de una burbuja de luz y de vidrio. Un molesto y frío encierro cegador. Había luz por doquier. No luz de antorchas ni pebeteros. Luz extraña. Luz que venía del suelo, paredes, techo... Luz que surgía de todas partes. Del aire mismo que respiraba.

Aire...

Recordó. Aire viciado, aire irrespirable. Muerte. Lápidas de piedra, muros herméticos. La tumba. Enterrado vivo. La oscuridad...

Y ahora...

Ahora no podía entender. Si esto era la muerte, los Sacerdotes estaban muy equivocados en sus ritos y en sus salmos. Aquello era... otra cosa. Extraño mundo el de los muertos, pensó el guerrero Arak de Tebas, apenas vuelto a la vida.

De repente, a través del casquete, a través de alguna parte que no localizó claramente, le llegó algo. No supo si era una voz, si eran sonidos... o si su cerebro recibía aquellas palabras egipcias, nítidas y precisas, procedentes de alguna parte:

—No estás muerto, Arak de Tebas. Has vuelto de la muerte. Sigue entre los vivos, pero no donde siempre viviste. No entre los tuyos. Ni en tu mundo.

—¿Qué..., qué quieres decir? ¿Dónde te ocultas, quién eres? ¿Dónde estoy, y qué significa todo esto? —gritó Arak de Tebas, golpeando los muros que parecían cristal, esperando que se quebraran a sus impactos. Pero no cedieron. Eran duros como la piedra, como el diamante—. ¡Vamos, habla, habla de una vez!

—Hablaré, Arak. Pero con calma. Con paciencia. Con lentitud. Todo esto que sucede, es demasiado fuerte para ti. Tu mente no está aún preparada. Espera. Espera y escucha. Sabrás todo. Luego, intenta comprender. Intenta adaptarte..., si ello es humanamente posible.

Y la voz egipcia que le llegaba sin sonidos, como filtrándose en su mente, empezó una lenta, apacible, serena descripción de muchas, de muchísimas cosas que no sólo desconocía, sino que le parecían imposibles, que su mente era incapaz de concebir...

Pero cuando menos, escuchó.

Arak escuchó, intentando comprender algo...

Y ése era ya un buen principio.

*

—Por Amón... Es imposible... Todo eso es imposible...

—Es el comentario que se le ocurriría a cualquiera, enfrentado a algo tan distinto para su concepción de las casas, Arak, tu mente responde normalmente. Es buena cosa.

—No sé... Creo que me engañáis... Esas cosas no existen, no pueden ocurrir...

—Existen. Y raramente ocurren a un ser de otro mundo. A ti te ha sucedido. Sabrás a su debido tiempo por qué. Ahora, debes habituarte a la idea, aceptar las cosas que no entiendes. Evitar enloquecer, en una palabra, ante aquello en lo que se estrella tu entendimiento limitado.

—Sí, lo estoy intentando, pero..., pero es difícil... No puedo... —se aferró las sienes con ambas manos. Jadeó—: ¡No puedo...!

—Otra reacción normal. Descansa, Arak. Descansa...

Un fluido sedante penetró en la estancia. Arak respiró hondo. Y sin sentirlo siquiera, se hundió de nuevo en la inconsciencia, en un largo y profundo sueño durante el cual su mente debería ir adaptándose a la fabulosa experiencia. O perder la razón en el empeño.

Pero Arak era fuerte. Físicamente, fuerte.

También su mente era fuerte, sin duda alguna. Porque resistió. El control mental señaló reposo. Y sueños. Sueños sobre los temas que le habían sido referidos. Su mente asimilaba, captaba...

—Sí. Primero y Tercero se sintieron muy satisfechos, allá en su cámara de control mental. Se miraron entre sí, profundamente.

—Arak no es sólo un buen guerrero —dijo Primero—. Creo que es, también, un hombre inteligente. Eso es más, mucho más de lo que podíamos esperar...

*

—Inteligente... No sé...

—Lo eres, Arak. Otro hombre de tu mundo, en este trance, hubiera tardado más en comprender. Acaso no hubiera comprendido jamás. O hubiese enloquecido.

—Siempre viví extraños lances en mi vida —confesó Arak, pensativo—. Fui hecho prisionero en una batalla contra los nubios, y una misteriosa mujer me liberó. Nunca supe quién era ella. En otro combate fui herido y dado por muerto. Desperté entre cadáveres que eran sólo carroña devorada por los buitres. Esos pajarracos volaban también sobre mí, a punto de atacarme. Pude salir de aquel infierno hediondo, huir lejos, malherido, hasta hallar un pueblo amigo donde reponer mis heridas y mi cuerpo maltrecho... Esta vez, he sido enterrado en vida por un grave delito contra mi Faraón. He muerto, lo sé. Yo estoy seguro de haber cruzado la frontera de las sombras, de haber pisado el reino de Osiris... Y, sin embargo, aquí estoy ahora. Vivo. Entre gente extraña. En un ambiente extraño. Enfrentado a algo que acepto, pero que no acabo de concebir claramente...

—Tu raza gusta de los largos discursos —refunfuñó Tercero.

—No, no siempre —rechazó Arak, con un suspiro—. Sólo te refería sucesos de mi vida. Somos sobrios, secos, casi ásperos. Así he sido yo siempre, cuando menos.

—No te importen los comentarios de Tercero —sonó en su mente la "voz" o radiación mental del otro ser—. Siempre está refunfuñando por algo.

—¿Tercero? Extraño nombre. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Primero.

—También es extraño. Tercero, Primero... No parecen nombres. Los hubo así en mi país, pero era solamente para enunciar distintos Faraones de una misma Dinastía... Mentuhotep I, Mentuhotep II, y acaso llegue algún Mentuhotep III...

—Nosotros no somos reyes. Solamente Mensajeros.

—¿Mensajeros?

—Sí. Mensajeros. Con mayúscula. Es nuestro grado, Arak.

—¿Mensajeros de quién?

—De alguien que está muy por encima de tu comprensión. Y muy por encima de nosotros también, por superiores que nos consideres a tu persona.

—Yo no os considero superiores —se sublevó el orgullo nato del guerrero egipcio, vencedor de mil batallas—. Sólo distintos.

—Somos superiores —replicó, acremente, Tercero—.

La prueba es que vives aún. Vencimos incluso a la muerte de tu mundo, Arak. ¿Vas a negar eso?

—No niego nada. Sólo que no sois superiores para mí. Domináis fuerzas que yo desconozco, eso es todo.

—No te falta razón, Arak —observó mansamente Primero—. No eres necio, ni te dejas deslumbrar fácilmente por nada ni por nadie. En el fondo, estás en lo cierto. Somos diferentes a ti, eso lo explica todo. Nuestro mundo es distinto al tuyo. Y nuestro poder científico, es también diferente.

—Eso no lo explica todo, Primero —se quejó Tercero, con mal humor.

—Pero sí casi todo, cuando menos para la mente de nuestro huésped. Es soberbio y tiene orgullo. Es indómito y belicoso. Difícilmente aceptará la superioridad de nadie, ni siquiera con un arma encima, y sabiéndose vencido por su enemigo.

—El enemigo que vence no siempre es superior —replicó altivo Arak—. Se trata de una lucha. Siempre ha de haber un ganador y un perdedor. A veces, la suerte, el azar, influyen. Otras, la condición humana en ese momento. Ganar, no es ser mejor o superior.

—Pero vencimos a la Muerte. Estabas muerto, tú lo has admitido —le acusó Tercero—. Y has vuelto a la vida. ¿Quién puede lograr eso en tu mundo, hombre necio...?

—¿Y cuál es la verdadera vida, Tercero? ¿Esta que me dais vosotros .. o la que perdí yo allá abajo, en mi mundo, viajando al Reino de los Muertos, donde la existencia del hombre es eterna?

—Tus respuestas siempre son agudas y frías, guerrero —ponderó Primero—. Terminemos la discusión. Nosotros somos Mensajero Primero y Mensajero Tercero. Venimos en busca tuya.

—¿Mía? —pestañeó el tebano.

—Eres el elegido, Arak.

—El elegido..., ¿para qué? ¿Y por quién?

—Preguntas demasiado —se quejó Tercero.

—¡Tengo derecho a saber lo que se pretende hacer conmigo! —exigió él.

—Hay varios elegidos, Arak. No estarás solo. Pero los demás no son de tu mundo. Los demás no son egipcios. Ni terrestres.

—¿Quién nos eligió?

—Te lo dije antes. Alguien muy alto. El que está por encima de todos.

—¿Amón? —apuntó agudo Arak de Tebas.

—No, Amón no —la voz mental de Primero llegó divertida, casi riente—. No hablo de dioses, Arak, sino de seres vivientes.

—Los dioses viven también. Eternamente.

—No me refiero a esa forma de vida. Vuestros dioses son mitos. Leyendas. El que está por encima de todos, no es un mito ni una leyenda. Existe. Es el amo y señor de todos nosotros. El supremo poder de los espacios siderales.

—¿Poder? ¿Qué clase de poder? ¿Un rey, un Faraón?

—Algo así..., pero más. Mucho más.

—No lo entiendo...

—Lo entenderás cuando llegues a Thor.

—¿Thor?

—Es el mundo al que pertenecemos. Al que ahora viajas tú, a través de las estrellas...

Arak miró al exterior, pensativo, a través de los visores de a bordo. Sacudió la cabeza, con aire indeciso.

—A través de las estrellas... Parece imposible. Volar como las aves... Ir hacia el gran dios Amón...

—No. Vas más allá. Mucho más allá. Ningún ave voló jamás tan alto ni tan lejos, Arak. Nadie de tu mundo ni de los otros mundos, llegó a nuestra nebulosa en especial, donde se halla nuestro Sistema. Y en él, nuestro mundo: Thor...

Los rasgados, profundos ojos de Arak, buscaron en vano, en el torbellino eterno y gigantesco de los astros, la presencia de aquel planeta Thor. Sólo vio el inmenso vacío, el abismo cósmico. Y en él, allá lejos, el punto adonde se dirigían.

Una nebulosa en espiral que, andando los siglos, los hombres llamarían Andrómeda...

Pero Andrómeda y Thor, eran para Arak de Tebas conceptos inconmensurables, más allá de sus ojos y de su entendimiento.

*

El Vigilante Alfa emitió su informe:

—Nave estelar Nova, regresa a Thor. Misión cumplida. Mensajeros Primero y Tercero, informan favorablemente.

El Vigilante Omega transmitió, a su vez, al Vigilante Gamma.

—Nova de regreso. Informen a los circuitos de El Poder.

El Poder recibió por sus innumerables circuitos de recepción de datos, aquellos que venían del espacio. Los grandes sistemas electrónicos pasaron la información a su centro de control y selección.

El Vigilante Betta recibió la transmisión de El Poder, con la orden tajante:

—La Mente debe ser informada en el acto. Los Mensajeros cumplieron su misión. Nova regresa con los elegidos...

Y La Mente fue informada sin pérdida de tiempo.

Los circuitos de alto secreto, enviaron al punto que sólo La Mente podía habitar, el informe recibido y comprobado.

La Mente supo. La Mente fue feliz.

Porque La Mente sabía ahora que su vida no iba a extinguirse. Sabía que allí venía el cargamento que había de dotarle de nueva vitalidad: los elegidos...

CAPITULO V

—Los elegidos, Razz. Ya llegan.

—No, no es posible...

—Es posible. Los encontraron.

—Pero..., ¿dónde?

—No sé dónde. Sólo sé que los encontraron. Vienen hacia acá. He interceptado un mensaje de Nova, Razz.

—¿No hay posibilidad de error?

—Ninguna,

—Entonces... La Mente... seguirá con vida.

—Desgraciadamente, Razz.

—Chist... —la obligó a guardar silencio, con un gesto. Alarmado, miró en torno—. Malya, pueden captar tus palabras, incluso tus pensamientos. Sería horrible...

—No aquí dentro. La cámara nos aísla de los Vigilantes de La Mente. No pueden salvar la cortina magnética.

—La Mente lo puede todo.

—No, no todo. Mucho, sí. Pero no todo. Especialmente ahora, estando tan débil, tan cansada...

—¿De qué servirá eso? En cuanto lleguen los elegidos, volverá a ser fuerte, dominante, poderosa. Nos arrasará.

—¿Será posible tanta crueldad, tan monstruoso sacrificio? Esos pobres seres que vienen de lejanos mundos, acaso engañados, pensando en algo muy diferente... para acabar del modo que terminarán...

—Malya, no podemos hacer nada tú y yo. Hemos intentado luchar muchas veces. Han estado a punto de descubrirnos... y ser por ello exterminados.

—La tiranía seguirá gobernando el planeta Thor...

—Me temo que sí. Hasta dentro de mucho, de muchísimo tiempo. Cuando pensamos que todo iba a terminar... todo empieza de nuevo. Con más fuerza que nunca, Malya.

—La guerra podría resolverlo todo. ¡Acabar con La Mente, devolver la libertad a nuestro mundo!

—Es una locura pensar eso. Nadie puede acabar con La Mente. Ni siquiera sabemos exactamente qué es o dónde está... —la mirada de Razz, vagamente, fue desde aquel recinto hermético hacia el firmamento, visible por una de las lentes periscópicas hacia el exterior. Su mirada vagó por las dos lunas luminosas de Thor, por su oscuro asteroide gris y yerto, como un pedrusco flotando en torno al planeta. Luego, en los redondos ojos saltones del azul ser de Thor, se

reflejaron miradas de astros que dibujaban caprichosos festones de luz en la gran nebulosa. Añadió, solemne—: Sólo sabemos que nos vigila, que controla nuestros actos, nuestras palabras, nuestros pensamientos, a través de su red de Vigilantes y de Ojos. Ganó ya una guerra, y aniquiló a todos los vencidos, hasta que el último de los infortunados habitantes dé las Regiones del Norte... ¿Quién más puede levantarse ahora?

—Vultar, por ejemplo.

—Vultar... —se estremeció Razz, sacudiendo su voluminosa cabeza azul, con auténtico escepticismo—. Vultar... No, no creo que él esté en condiciones de vencer a La Mente. Y el que pierde, ya sabe lo que le espera. No hay piedad para el vencido. Sólo la muerte inmediata, brutal, instantánea. El exterminio masivo de los pueblos que apoyaron la rebelión. Lo de siempre.

—Vultar prometió que combatiría a La Mente. Y la vencería.

—Vultar dijo eso. Pero Vultar no ataca. Ni siquiera ahora, cuando La Mente está débil y enferma. Imagina ahora, Malya, lo que sucederá cuando se haya completado la tarea. Vultar hará bien en callar entonces su arrogancia y no enfrentarse a La Mente.

—Vultar es poderoso. También lo son sus aliados de las Junglas del Este. ¿Por qué no ataca? La Mente acaso cedería, debilitada. Desconectando a sus Vigilantes, des-pojándola de sus centros vitales de, energía..., ¿qué sería de ella?

—No lo sé. Nadie lo sabe, Malya. Ni quiere arriesgarse nadie. Vultar calló y esperó. Ahora, es tarde. Los elegidos están aquí. Y tú sabes bien lo que eso significa...

—Sí —afirmó gravemente la mujer azul de Thor, la hembra de cabeza abultada, sin vello, de formas apenas reconocibles junto a las de un varón de su especie, y añadió luego, con lúgubre expresión—: Sé lo que eso significa. La vida para La Mente... y la muerte para ellos. Para todos los elegidos, sean los que sean en total...

Ambos, varón y hembra de la especie azul de Thor, se contemplaron en silencio. Como preguntándose si valía siquiera la pena de discutir aquel problema sin solución.

La Mente había ganado ya una cruenta guerra, cuando los pueblos del Norte se rebelaron contra su tiranía, pereciendo en la lucha. Ahora, se esperaba otra feroz lucha contra un enemigo diferente: Vultar y los pueblos selváticos del Este del Planeta Thor. Pero Vultar, el Mago Científico de Thor, como era llamado, no se arriesgaba a dar el primer paso. Muy pronto, sería demasiado tarde para iniciarlo.

Había llegado savia nueva para La Mente. Vida nueva para el oculto poder que se debilitaba. Vidas humanas para un sacrificio espantoso que ninguno de ellos sospechaba.

Esas vidas, eran las de los elegidos.

Cinco seres vivientes, arrancados de otros tantos planetas. Cinco escogidos por los Mensajeros. Designados para el más espantoso de los destino imaginables...

*

—Cinco... Somos cinco personas. Y muy diferentes entre nosotros... ¿Por qué?

Arak de Tebas estaba pensando. Pensando fuera de aquel casquete de ideas, que captaba las suyas y transmitía otras, procedentes de otros cerebros. No quería que nadie captara sus pensamientos. Eran suyos. Total, enteramente suyos.

Miró de reojo a los otros cuatro, mientras fingía leer en una máquina reproductora de imágenes, signos y cifras, la lengua extraña y compleja de las gentes de Thor, con la que se iba familiarizando lentamente, en el largo viaje interestelar.

Cuatro seres de cuatro planetas distintos. Cuatro entes vivos. Cuatro humanoides, en suma. Tenían semejanzas entre sí, pero solamente antropológicas. Sus cráneos eran diferentes, sus extremidades poseían variada longitud o apariencia. Todos ellos poseían, eso sí, un rostro similar, humanoide o simiesco. Y un cerebro. Y una inteligencia. Y unos conocimientos. Todos... menos Krah el Asesino.

Le miraban con recelo. Con desprecio, incluso. No él. Todos los demás. De nada servía la insistencia del Mensajero Primero por hacerles ver que todos eran iguales ante la Ciencia, que el Bien y el Mal, el bueno o mal instinto, la inteligencia aplicada para beneficiar o perjudicar a las sociedades de los mundos, no era sino una misma cosa para el científico.

A pesar de todo eso, cuatro de ellos estaban de acuerdo: Krah era diferente. Era despreciable. Era un asesino. Pero Asesino. Así, con definición mayúscula, propia. El Asesino por naturaleza. Sólo sabía hacer una cosa en su vida: matar. Y gozaba con ello.

—Enfermo o sano, bueno o malo, un ser humano es siempre igual para los ojos fríos y desapasionados de la Ciencia —insistía una y otra vez el Mensajero Primero, con voz ronca.

Pero Krah, el velludo, el simiesco y perverso Krah, era "distinto". Dijeran lo que dijeran. Ni Arak el Guerrero, ni Mizar el Telépata, ni Uldov el Científico ni Zeseo el Gobernante, le consideraban como a un igual. No era posible. Para ellos, fuesen del mundo y de la galaxia que fuesen, el asesino era un marginado. Solamente para los científicos de Thor, un asesino era un ser respetable como los demás. E incluso... un elegido.

—¿Por qué? —se preguntó Arak, abstraído—. ¿Por qué un

asesino?

Claro que la pregunta ofrecía tantas posibilidades... ¿Por qué un guerrero muerto o casi muerto? ¿Por qué un científico, un gobernante, un telépata...? ¿Qué les esperaba en Thor? Sobre ese punto, se mantenía aún el más riguroso secreto. Ni el Primero ni el Tercero decían cosa alguna. Y ya estaban llegando a su destino.

La cámara que compartían los cinco, era amplia y circular. Luminiscente, diáfana, como todo a bordo de la nave de las estrellas. Paseaban. O traducían el lenguaje de Thor en los ingenios electrónicos. O contemplaban la fascinante visión del espacio sideral.

—Te estás preguntando lo mismo que yo, ¿no es cierto, Guerrero?

Se volvió. Era Zeseo el Gobernante. Alto, poderoso, dominador, de orgullosa apariencia, de sólida contextura y de trazos cuadrangulares.

—Me temo que sí —afirmó Arak, pensativo.

—No sabemos nada de nuestro destino. Nos lo silencian —dijo Zeseo.

—Lo sé. Pero yo llegué a morir. ¿Qué puede importarme ya mi destino? No hay nada peor que la muerte. —No lo sé, Guerrero. No podría afirmarlo tan rotundamente. Yo también iba a morir, allá en mi mundo remoto. Una dolencia incurable para mis científicos. He sido el más grande gobernante de mi tiempo. Dicen que poseo un gran cerebro para mandar, para regir masas y pueblos. No sé si será cierto. Nací así, y así he sido. Lamentaba morir joven. Y, de repente llegaron ellos. Los Mensajeros. —Y salvaron tu vida.

—Sané inesperada, milagrosamente. Ellos dicen que no es milagro —sonrió Zeseo, el pétreo Gobernante de un planeta ignoto—. La Ciencia, su Ciencia, todo lo puede.

—¿Por qué, entonces, recurren a nosotros, cinco seres arrancados de cinco lugares distintos en el Universo?—objetó ahora el Telépata Mizar que, sin duda, había captado sus ideas antes que sus propias voces y palabras.

—No puedo responderte, Mizar —suspiró Arak de Tebas—. Sabemos tanto como tú. ¿No eres capaz de leer en las mentes de ellos, de los Mensajeros?

—Lo he intentado varias veces —sonrió el hombre de piel parduzca, escamosa, con manos y pies membranosos, con rostro similar al de un fauno mitológico—. Pero siempre capto su instintivo modo de encerrar su mente en algo parecido a un invisible caparazón en que no puedo penetrar.

—¿Y eso es corriente para ti, Mizar? —dudó el Gobernante.

—No, en absoluto. Puedo leer todos vuestros pensamientos fácilmente. Ellos tienen un hábito mental de aislarse. No se puede penetrar en sus mentes. Las aíslan.

—Es como la oruga que se enrosca al pisarla —recordó Arak,

pensativo. Sacudió su noble cabeza egipcia—. No sé... No me gusta esto...

—Puedo leer todos los pensamientos —repitió Mi-zar—. Sobre todo el de Krah. Es claro, nítido, primario y cruel. Está deseando matar. Matar a alguien. Es como un vicio perverso para él. No vive, si no asesina...

Todos retrocedieron, mirando aprensivamente a Krah, que les estudió perplejo, y trató de sonreír, tendiendo sus manos velludas. Unas manos que, involuntariamente, se engarfiaban, ávidas de aferrar algo. O a alguien.

—No..., no quiero haceros daño —jadeó con su voz torpe—. Sois amigos. Todos amigos...

Los cuatro se miraron entre sí. Uldov el Científico, avisó cauto:

—Cuidado. No enfurecedle. Parece que su cerebro está constituido de ciertas células excitables, altamente sensibles a los impulsos homicidas. No puede hacer nada por evitarlo.

Y parecía cierto.

Repentinamente, antes de que nadie pudiera preverlo, Krah emitió un rugido animal, ronco y torvo.

Y se lanzó sobre Arak de Tebas. Sus zarpas férreas, destructoras, aferraron el cuello del guerrero tebano, al tiempo que abatía a éste en el suelo luminoso de la cámara circular, a bordo de la gran nave estelar...

*

Inmediatamente, funcionaron los circuitos de seguridad. Hubo un zumbido a bordo. Brilló intermitente, en el aire, una claridad rojiza de alerta.

Krah, entretanto, había derribado bajo su mole enorme, a Arak de Tebas. Le estaba estrangulando implacablemente. El rostro noble, joven y hermoso, del guerrero egipcio, revelaba ya el tono púrpura de la asfixia.

—¡Asesino, demente! —aulló Zeseo el Gobernante. Y se arrojó sobre Krah, para separarlo de Arak. A un gesto suyo, Mizar y Uldov brincaron también sobre el siniestro criminal, para reducirlo.

Empeño vano. El poderoso Krah dio impulso a sus potentes músculos, bajo la epidermis dura y velluda. Lanzó por doquier a unos y otros, aparatosamente, has-la golpearlos contra los muros luminosos brutalmente. Luego, continuó estrangulando, inexorable, con un bufido de complacencia maligna. Arak de Tebas...

Los Mensajeros Primero y Tercero aparecieron en escena, atraídos por la llamada de emergencia a bordo. Se enfrentaron con la feroz situación. Rápidamente, el Mensajero Primero alargó su mano hacia

unos controles magnéticos, dispuestos a reducir por algún medio extraño al peligroso viajero.

—¡Quietos! —sonó, rugiente, pese a todo, la voz ahogada de Arak de Tebas—. ¡Es cosa mía, dejadlo!

El Mensajero Primero dudó. Apartó la mano del control. Su compañero, el Tercero, argumentó, desabrido:

—Puede aniquilar a nuestro guerrero...

—Esperemos. El pidió hacerlo a su modo. Y él es un guerrero... Que luche, si sabe.

Desde luego, Arak sabía luchar. Lo demostró inmediatamente.

Estaba virtualmente vencido, aplastado por la furia criminal del feroz Krah. Sin embargo, de súbito, el cuerpo de Arak giró en el aire, como si fuese una musculosa, ágil y felina pantera. A la vez que describía aquel giro inverosímil, sin que las zarpas de Krah soltaran su presa, disparó ambas rodillas contra el vientre y el hígado de Krah. Este jadeó aún sin soltar. Y las piernas de Arak, distendidas, descargaron un doble patadón seco en el mentón y la plana nariz de Krah. El doble impacto fue tan rudo, que la sangre, una sangre biliosa y amarillenta, brotó de las fosas nasales del monstruo.

Su alarido de dolor estremeció el recinto. Soltó a Arak, retrocediendo tambaleante... Su boca emitía gruñidos feroces, malévolos. Buscaba con ojos estrechos y brillantes, una nueva presa mortal. Lanzó de nuevo sus zarpas sobre el soldado egipcio.

Esta vez, fracasó totalmente. No hizo presa en Arak. Las manos se cerraron en el aire, buscando estérilmente la garganta de su enemigo. Arak, por su parte, pasó al ataque, con el rostro aún congestionado y en la garganta la huella tremenda de las zarpas de su enemigo.

El tebano logró meter una mano dura, férrea, en golpe seco, brutal, contra la nuez del adversario. Este boqueó, sin aliento, vacilante. Gruñó como un cerdo, Arak le soltó otro impacto de puño, demoledor, que hizo crujir los huesos, sobre el cráneo desarrollado del Asesino.

Fue fulminante. El mazazo abatió a los pies de Arak de Tebas a su adversario, sin apariencia alguna de consciencia. El egipcio resopló, irguiéndose. Miró con ira al caído.

—Asunto resuelto —dijo secamente—. Ya dije que era cosa mía.

—Pudiste haberlo matado —dijo Tercero.

—También pude yo haber muerto a manos de ese puerco —replicó Arak, irritado.

—Es bien cierto —aprobó Primero—. Nuestra misión, sin embargo, nos obliga a llevar sanos y salvos a todos vosotros al planeta Thor. No habrá más luchas.

—Yo no la provoqué —fue la réplica de Arak—. En cuanto a que todos debemos llegar a Thor..., ¿en eso va incluido el Asesino?

—Incluido el Asesino, sí —afirmó el Mensajero Primero, rotundamente—. De modo que todos debéis recordarlo.

—No es fácil olvidarlo —masculló con desprecio Zeseo—. ¡Convivir con esa basura viviente...!

—Ya por poco tiempo —sonrió Primero—. Estamos llegando a Thor...

—Y aún no se nos ha dicho para qué hemos sido conducidos aquí —le recordó fríamente la voz de Uldov el Científico.

Los Mensajeros se quedaron mirando al que hablara. Luego, a los demás. Se encontraron con cuatro miradas inciertas, agresivas.

—Es verdad —apoyó Arak—. ¿Por qué no se nos aclara nuestro destino?

—Porque aún no ha sido dispuesto así —replicó el Mensajero Primero, con ira.

—¿Por quién? —quiso saber Zeseo.

—Por aquel que está por encima de todos nosotros —dijo, solemne.

—Vaya, otra vez la historia de siempre — suspiró Arak—. ¿Qué clase de ser es ése? Al menos, tendrá un nombre...

—Lo tiene: La Mente.

—La Mente... —se estremeció Arak—. ¿Quién es La Mente?

—La Mente es el supremo Orden. Es el control superior de toda existencia, de toda forma de vida. Es el ser superior. La perfección, el poder absoluto.

—Ya. Y aparte todo eso. ¿Cómo es semejante personaje? —quiso saber, irónico, Uldov el Científico.

—Nadie sabe cómo es, porque nadie le vio jamás.

—¿Que nunca vieron a quien gobierna sus vidas y haciendas? —se asombró Zeseo el Gobernante—. ¡Eso no tiene sentido!

—Tiene todo el sentido del mundo —replicó Primero, ofendido—. Queréis saber lo que se espera de vosotros. Y yo sólo estoy autorizado a deciros lo que La Mente quiere que os diga; os necesita. La Mente precisa de vosotros. Eso es un alto honor para todos...

—Muy bien. Nos necesita. Pero si tan poderoso es, ¿para qué nos necesita? —objetó Mizar, clavando sus ojos agudos, de telépata, en las facciones inexpresivas de sus dos anfitriones de a bordo, en el fantástico viaje a otros mundos.

—Eso... sólo La Mente os lo puede decir. Y así hará cuando os reciba.

—¿Recibirnos? —dudó Zeseo—. Si nadie le vio jamás, ¿por qué ese privilegio?

—Ya lo sabréis —sonrió Primero—. Ya lo sabréis a su debido tiempo. Cuando estéis ya en Thor...

—Estamos llegando a Thor —avisó Tercero con prontitud—.

Entramos en su zona orbital...

—Bien. Reduce los chorros de energía. Refuerza la refrigeración y los sistemas de descenso. Pulsa el sistema automático.

—Todo a punto, Primero.

—Entonces..., ¡abajo! —miró complacido a sus cinco extraños viajeros—. Estamos en casa, por fin. Mi casa. Y la Vuestra desde hoy. Vuestros respectivos mundos os rechazaban, por una u otra razón: enfermedades, muerte, leyes, sistemas... Nosotros os acogemos. Eso debe bastaros.

—Pues no nos basta —replicó Zeseo—. Insistimos: Nos gustaría saber qué utilidad vamos a reportarle a

La Mente...

La nave acababa de posarse en algún lugar, blandamente. Antes de que Primero o Tercero respondiesen, una voz, desde alguna parte, filtrándose inexplicablemente en la nave, anunció algo que era como la respuesta que todos estaban esperando. Pero aun así, les resultó demasiado terrible, demasiado espantoso para ser cierto:

—Vosotros, los elegidos, disponeos a morir vergonzosa y cruelmente. Habéis sido traídos aquí para eso. Os compadezco. Pero nada puedo hacer por vosotros —era, sin duda, aunque con el meloso tono que caracterizaba a las gentes de Thor, una suave voz de mujer —. Dentro de poco... VUESTROS CEREBROS SERÁN TODOS TRASPLANTADOS A "LA MENTE" PARA SU SUPERVIVENCIA.

CAPITULO VI

—¡Los cerebros! ¡Trasplantados...! ¡Eso es la muerte segura...!

El rugido había brotado de labios de Uldov el Científico. Hubo revuelo en el grupo. Todos, indecisos, se miraron entre sí.

Rápidamente, el Mensajero Primero hizo un gesto al Tercero. Le avisó, con voz clara:

—¡Pronto, hay que cazar el origen de esa llamada! ¡Ha de ser cosa de algún rebelde que estima en poco su vida! ¡Los Ojos Vigilantes llegan a todas partes... y en cuanto tengan el punto de origen, irán a por el autor de esa estúpida broma.,.!

Arak de Tebas tragó saliva. Su réplica fue incisiva:

—A mí no me ha parecido ninguna broma, Primero.

—Ciertamente que no —añadió Uldov—. Somos cinco cerebros importantes, cada uno en su oficio... Esa advertencia no está en absoluto de más, venga de quien venga. Y, por desgracia, me suena a cierto...

—Estamos de acuerdo —confirmó Zeseo—. Yo no estoy dispuesto a que mi cerebro sea trasplantado a nadie.

—No se trata de eso, puesto que lo tomáis de ese modo. Es que estáis OBLIGADOS a obedecer a lo que La Mente decida.

—¿Incluso perder nuestro cerebro para ser trasplantado? —argumentó Arak, agresivo.

—Incluso eso, sí.

Y el Mensajero Primero se dispuso a hacer funcionar un sistema de seguridad a bordo, para impedir las posibles iras de sus prisioneros.

Pero llegó tarde. Una vez más, Arak de Tebas demostró que era el mejor, más rápido y más activo guerrero de todo Egipto. Y también lo era viajando por el espacio, a miles de años-luz del planeta Tierra.

*

Antes de que Primero pudiese accionar el sistema de seguridad que impidiera un motín a bordo, éste se había iniciado ya, por medio de Arak de Tebas. El joven y valeroso guerrero egipcio se precipitó sobre el Mensajero con una poderosa, súbita zambullida.

Toda la fuerza mental de los Mensajeros, era incapaz de compaginarse con la debida solidez física. Eran una raza físicamente débil que sólo dependía de su capacidad cerebral para luchar.

Y Arak recurrió a los procedimientos más rudos y violentos de que era capaz, para impedir que el poderoso cerebro del Mensajero actuase contra él de alguna forma.

Le golpeó ferozmente con ambos puños, sobre la membrana blanda y translúcida de su pesado cráneo.

Luego, martilleó con rodillas y pies el frágil, quebradizo cuerpo azul, derribando al comandante de la nave.

El Mensajero Tercero intentó hacer algo, emitiendo una llamada de socorro, de máxima emergencia, al exterior. Luego, intentó evadirse de aquel recinto luminoso, en busca de lugar más seguro.

Se lo impidieron Mizar y Uldov, cerrándole el paso. Krah exhaló un gruñido de complacencia, enarboló sus garras, y se encaminó pesadamente hacia los dos Mensajeros.

—¡No, no! —chilló el Mensajero Tercero, realmente asustado—. ¡No podéis hacernos esto a nosotros! ¡Os hemos devuelto a la vida, os hemos salvado de vuestra suerte irremediable en vuestros mundos...!

—Sí, malditos farsantes, sucios y viles embusteros... —jadeó Arak, soltando al castigado Mensajero Primero—. ¡Sólo para llevarnos como aprovisionamiento de cerebros a vuestro maldito ser supremo, esa Mente que necesita cerebros humanos, por lo que veo...!

—Y extraños cerebros, además —rio huecamente Uldov—. Un guerrero, un telépata, un científico, un gobernante..., ¡y un loco asesino!

—Cinco cerebros, para un solo ser... —se estremeció Zeseo—. ¿Qué clase de "cosa" o forma de vida será ésa?

—Yo me pregunto muchas cosas —habló Uldov—. Y esa voz que nos avisó, llegando a bordo... Sin duda, tenemos algún secreto amigo aquí, en Thor...

Los dos Mensajeros habían sido reducidos. Arak dispuso que fueran encerrados en una cabina sin controles, en tanto ellos abandonaban la nave para enfrentarse a los riesgos que pudieran aguardarles afuera. Después de todo, no sabían manipular una nave tan compleja como aquélla. Sus respectivos mundos, no tenían ni con mucho el adelanto presentido en los seres de Thor.

—Habrá más guardianes afuera. Esto debe ser una terrea dictadura, una tiranía completa —señaló Zeseo—. Y ni siquiera tenemos armas adecuadas. Una civilización semejante, ¿qué clase de elementos destructivos no tendrán?

—Quedarnos, no resuelve nada —aseguró Arak—. Tenemos pocas posibilidades, pero hay que intentarlo todo e ir afuera. Yo soy el guerrero. Como tal, yo lucharé antes que los demás. Y capitanearé el grupo. ¿Conformes?

Nadie objetó. Ni siquiera Krah el Asesino, que emitió un placentero gruñido, quizá pensando en la posibilidad de matar...

—Hemos de buscar a la persona que nos avisó —dijo Zeseo, reflexionando—. Puede ser nuestra única amiga en todo el planeta Thor...

—Será difícil localizarla —terció Mizar el Telépata—. Pero yo lo intentaré, siquiera, aunque sólo sea mentalmente, para encontrarla en el lugar donde nos hallemos ahora...

El reducido grupo de cinco seres, los cinco más complejos y extraños seres jamás reunidos, se encaminó a la salida de la nave. Zumbaron los sistemas de a bordo, todos ellos automatizados. Comenzaron a abrirse unas compuertas luminosas.

Ellos avanzaron, descendieron una rampa desde la nave fantasmagórica, detenida en un amplio cosmódromo de formas arquitectónicas raras, de extraño y lívido cielo púrpura, salpicado de estrellas y de satélites naturales, luminosos. Con la excepción de un feo asteroide grisáceo, todos los cuerpos celestes, en torno a Thor, emitían luz propia o la reflejaban de otros soles.

Era un extraño, fantástico espectáculo. Pero ellos no tuvieron tiempo de gozarla

Por unas rampas, repentinamente abiertas, en las pistas del cosmódromo, empezaron a surgir, como vomitados del suelo, seres de piel azul, dotados de extraño uniforme metálico, con unas armas de forma caprichosa y fantástica en sus manos frágiles, quebradizas y pequeñas.

—Ni un movimiento más —dijo una voz, ante ellos, en el lenguaje de Thor que ellos estudiaron mediante el concentrador mental de a bordo, en jornadas realmente intensivas—. Están rodeados.

Era cierto. Estaban rodeados por aquellas tropas metalizadas, frías y rígidas. No había evasión posible.

—Parece que salimos de algo malo... para meternos en algo peor —sonrió duramente Arak de Tebas, dándose por vencido de antemano —. Ellos tienen razón. No tenemos una sola oportunidad.

En ese momento, Mizar el Telépata, emitió un grito que casi era un rugido:

—¡Oh, no! —aulló. Todos se volvieron a él. Estaba pálido, pese a su raro color. Y respiraba agitadamente.

—¿Qué te pasa, Mizar? —se intrigó Arak de Tebas, inquieto.

—Acabo de verlos..., mentalmente. He establecido comunicación con la mujer que nos avisó. Y con su compañero... Se llaman Malya... y Razz.

—¿Y qué hay con eso? —se mostró sorprendido Uldov.

—Es que mi mente les ha visto, allá donde ahora estén..., pero muriendo.

—¿Qué?

—Muriendo violentamente. Asesinados por la policía de este planeta.

*

Razz y Malya tuvieron poco tiempo para intentar nada. La visión mental de Mizar el Telépata, era fiel en todos sus puntos.

La siniestra guardia de El Poder, había localizado el refugio de los dos enemigos. El aviso radiado por ondas especiales magnéticas, hasta la nave recién llegada a Thor, fue su perdición. Los elegidos fueron avisados. Pero eso les costó la vida a ambos.

Potentes chorros corrosivos, abrieron brecha en el muro del laboratorio secreto de los conspiradores Razz y Malya. Por los huecos, entraron los escuadrones de uniforme metálico, color negro, y las armas letales, por delante de sus petos acorazados.

Razz intentó cubrir a Malya con su cuerpo. No logró gran cosa. Alcanzados ambos por los ígneos chorros de aquellos tubos mortíferos, ardieron en un dantesco espectáculo, entre computadoras y máquinas de cálculo y de comunicación clandestina.

—Dos traidores menos —dijo el siniestro oficial de la metálica guardia de El Poder, cuando hubo terminado la implacable tarea—. Vamos ya. Aquí, nada nos queda ya por hacer.

Ciertamente, los elegidos no iban a encontrar con facilidad amigos de ningún género, allá en el planeta Thor.

*

Todo había sido inútil.

Arak, malhumorado, daba paseos dentro de la jaula de vidrio de aquel extraño zoo humano donde eran como ejemplares de una extraña fauna, esperando un desfile circense hacia la eternidad.

En otras jaulas similares, estaban los demás: Krah el Asesino, Uldov el Científico, Mizar el Telépata, Zeseo el Gobernante... y él, Arak el Guerrero, listos para algo. ¿Para qué? La voz amiga lo había dicho con siniestra, terrible claridad:

"...Vuestros cerebros serán todos trasplantados a La Mente, para que superviva..."

Y para eso, se había hecho un viaje estelar. Para eso se había traído a cinco escogidos, en cinco diversos mundos y Sistemas Solares.

Cinco cerebros... El más fantástico y múltiple trasplante que jamás se realizara. Al menos, respecto a los avances científicos en la Tierra. El cerebro de un asesino, el de un gobernante, un guerrero, un científico y un telépata...

Unido todo eso una sola masa encefálica, ¿cuál sería su resultado final? O un monstruo horrendo, espantable... o un ser capaz de asesinar, captar pensamientos a distancia, tener mentalidad científica, mente militar y espíritu de gobernante. Todo eso, para La Mente, la gran enemiga...

—Oh, Amén, ¿por qué estarás tan lejos? —musitó Arak, contemplando el cielo, sus lunas varias, su pesado peñasco gris, girando siempre lejano, pero siempre en órbita, en torno al planeta Thor—. Tu poder hubiera hecho falta aquí…, frente a estos seres sin dioses, cuya única fe es la máquina y la única religión su adoración ciega a La Mente.

Pero Amón debía de estar a millones de millones de millas. A años-luz de distancia, en la eternidad celeste. Empezó a dudar. ¿No sería Amón lo bastante poderoso para estar en todas partes, hasta el último confín del Universo? Y si eso era así, ¿por qué no fulminaba a aquellos dementes que sólo temían y respetaban a La Mente, sacrificando a su mayor gloria y poderío toda vida humana que hallasen en el Universo?

Arak se sintió desolado. Dejose caer en el asiento de su jaula de vidrio, y esperó.

Esperó, desesperando. Porque sabía que no existía salida posible. No ahora. Ya no. había evasión alguna. Desde allí, serían conducidos a alguna parte, donde algún prodigioso quirúrgico, trasladaría sus cerebros a…, ¿a quién? ¿A qué?

A algo o alguien cuyo nombre era La Mente…

*

—La Mente… Sí. Requiere ya el trasplante —contempló el Gran Cirujano la pantalla donde se acusaban una serie de trazos luminosos en continuo movimiento, marcando palpitación vital, reflejos, fuerza mental… Una mente enorme emitía aquella poderosa señal, casi inapreciable en un ser humano. Pero las señales eran cada vez más difusas y débiles.

—Parece que se agota… —señaló el Vigilante Alfa.

—Sí. Necesita nuevos cerebros que nutran su sistema neurológico. De otro modo, La Mente terminaría por morir.

—Eso sería una gran desgracia… No se le puede dejar debilitarse más. Si se viese en peligro, La Mente es capaz de emplear sus últimas energías en aniquilarnos a todos, a los colaboradores más inmediatos, a los más leales, pensando que demoramos demasiado la tarea del trasplante.

—No se puede demorar. Ni un minuto, Vigilante. Prepare las cosas. Vamos a realizar la operación.

—Muy bien, doctor. Usted, cuando menos, es un ser afortunado.

—¿Afortunado? ¿Por qué lo dice?

—Porque usted va a ser un personaje privilegiado, viendo ante sí a La Mente, cuando proceda a injertarle los nuevos cerebros…

—Se equivoca en algo, Vigilante Alfa. Yo extirpo los cerebros a esa

desdichada gente. Luego, esos cerebros pasan a un departamento del Poder. Y la máquina, por traslación de la materia, proyecta esos cerebros a un punto Equis, que ignoro yo mismo cuál puede ser, puesto que la máquina se encarga de enviar a ese punto los cerebros, sin informar al cirujano, ni tan siquiera a los que manejan la máquina. El código cifrado de esa emisión de materia, solamente lo conocen dos seres: uno mecánico, el otro inteligente. La máquina... y La Mente.

—Ya comprendo. Usted opera... con destino desconocido.

—Así es. La Mente nunca comete un error. Sabe proteger muy bien su escondite, su naturaleza, su aspecto. Es un cerebro maestro, con una capacidad inmensa para pensar y para actuar. Por algo nos rige a nosotros como dueño y señor absoluto de todo el planeta.

—Bien, cirujano. Actúe. Todos estamos a su servicio, en la medida de lo posible, como simples eslabones en la gran cadena que conduce al supremo poder y máxima sabiduría. La Mente. Usted disponga las cosas.

—Preparen el quirófano especial. Y los sujetos. Los elegidos. Lo demás, es cosa mía. Y de la máquina encargada de transmitir secretamente los injertos cerebrales a La Mente.

Vigilante Alfa no respondió. No perdió más tiempo.

Momentos después, la gran intervención quirúrgica, la extirpación de cinco cerebros humanos, de diferente procedencia, del interior de cinco cráneos vivientes, comenzaría.

Y por vías de proyección de materia, en secreto celosamente guardado, esos cerebros viajarían a su punto de destino:

La Mente.

Cinco seres vivientes habían de ser sacrificados. Nadie se inmutaba por ello en Thor, el lejano planeta de los inteligentes seres azules, el mundo de la Ciencia supradesarrollada. Nadie pensaba en las vidas a aniquilar fría y deliberadamente, bajo el impacto del bisturí del Gran Cirujano. Este, menos que ninguno. Le Mente necesitaba esos cerebros. Eso lo justificaba todo. Absolutamente todo.

Incluso cinco asesinatos a sangre fría, cinco extirpaciones a lo vivo, vaciando cinco cráneos llenos de vida.

Uno de ellos, el de un hombre vuelto de las tinieblas y de la muerte. Un hombre llamado Arak de Tebas, allá en el planeta Tierra.

*

El alarido de Uldov despertó escalofríos de horror y angustia en Arak de Tebas.

—Es espantoso... —jadeó, ocultando el rostro entre sus manos crispadas—. Jamás conocí mayor crueldad...

Los bisturíes eléctricos del Gran Cirujano, habían ya trepanado, y previamente separado el casco craneal de Uldov el Científico. Un hombre metálico, mecánico, movido por un complejo cuadro de mandos al servicio exclusivo de la ciencia quirúrgica de un frío e impasible médico de piel azul, ojos inexpresivos y abultado cerebro, procedía ya a la succión de la masa encefálica. Otro brazo lo introducía en el compartimiento de proyección de materia, con destino ignorado.

Y. en el punto Equis, en La Mente, se producía el injerto automático, por supercirugía electrónica, del primero de los cinco cerebros: el de la Ciencia representada por el desdichado Uldov...

Siguió Mizar el Telépata.

Otro alarido brutal, infrahumano. A lo vivo, en pleno pálpito vital, como requería ser extraído el cerebro viviente, para su delicado traslado a La Mente oculta, Mizar el Telépata, sufría ya la horrenda, enloquecedora tortura de ver vaciada su cabeza, convertido su ser en un simple cuerpo a tirar después, como un despojo, a algún extraño vertedero de seres vivos, en Thor.

La máquina, incansable, voraz, fría y mecánica, actuaba siempre, bajo el mando del Gran Cirujano. Otro cerebro partía hacia su destino.

—Esto marcha bien —se mostró satisfecho el cirujano—. Las señales de vitalidad en La Mente, empiezan a crecer y multiplicarse...

Era cierto. En la gran pantalla, las líneas aumentaban de ritmo en sus oscilaciones.

El monstruoso encefalograma, era positivo, en creciente progresión...

Siguió Krah el Asesino.

Su bestial alarido conmovió también a Arak. Incluso un criminal, merecía trato más humano, más piadoso, que aquella brutal, inexorable ferocidad científica, aquella helada y demoledora destrucción de la vida en su forma más viva y desgarradora.

Y también Zeseo el Gobernante...

Y La Mente, empezando a saturarse de nueva savia mental, palpitaba y palpitaba, en algún lugar escondido, que nadie sino el mismo superser conocía...

Vorazmente, pedía más. Exigía la fuerza vital del Guerrero. Sus células grises, su cerebelo, su masa encefálica toda. Para completar, con las otras cuatro, asimiladas por la fuerza unificadora de La Mente, la peligrosa sabiduría, el conocimiento múltiple y superior de La Mente, en terrenos tan dispares como la Ciencia y el Gobierno, la Telepatía y la Maldad homicida, la Guerra y el Poder...

—Es mi turno —susurró Arak, sombrío.

Estaba allí, esperando en aquella maldita jaula de vidrio

hermético, duro como el metal o la roca viva. Unos tentáculos metálicos, movidos mecánicamente por grandes máquinas y computadoras, se movieron hacia él. Como antes había sucedido con los demás, uno a uno.

Su rebeldía y su instinto bélico, su fuerza y su coraje, surgieron a flor de piel, en toda su broncínea epidermis de hombre musculoso, arrogante, anatómicamente perfecto. Su armoniosa masa de músculos y nervios, tendones y fibras, se conmovió al abrirse la tapa de material vidrioso, y dirigirse hacia él aquel culebreante tentáculo de metal articulado.

Luchó contra la irremediable. Se enfrentó a lo invencible.

Era, ante todo y sobre todo, un guerrero que quería morir luchando. Que no se rendía, mientras tuviera vida y energías. Sabía que todo estaba perdido. Pero no podía ser dócil. No lo fue jamás. Ni siquiera cuando la guardia del Faraón le sorprendió, con el Sumo Sacerdote al frente, en los aposentos de la esposa del monarca, aquella noche apacible, de redonda luna sobre el Nilo.

Arak no cedía. No quería rendirse.

La culebra de metal le aferró, como un tentáculo monstruoso. Le estrujó. El forcejeó, logró cerrar sus dedos de acero sobre aquel metal. Introdujo los dedos en una articulación. Su cuerpo pareció estallar, su piel se tensó, se hincharon increíblemente sus potentes masas musculosas...

Y estalló el brazo de metal, entre un chisporroteo, desprendiéndose en espiral metálica, como un muelle roto. Arak se sintió libre de nuevo. Respiró hondo y aulló su triunfo, aunque parcial e inútil, igual que hacía allá en Egipto, al hacer rodar, con su machete de hierro, las cabezas de sus adversarios.

Ya para entonces, con toda urgencia, tres brazos metálicos más se dirigían, veloces, hacia Arak de Tebas, para reducirle y someterle, implacables. Su resistencia se reflejó en las pantallas computadoras. Y se transmitió por canales de urgencia, a la suma sabiduría de La Mente. Hubo un culebreo furioso de las ondas mentales del supercerebro, cuando captó lo que sucedía.

—¡Actuad! —fue la dura orden despiadada y feroz—. ¡Actuad contra el guerrero rebelde! ¡Necesito su cerebro con urgencia! ¡Seré más poderoso y más capacitado para dirigir cualquier guerra contra mis enemigos, con el encéfalo de ese ser! ¡Si no fuese posible reducirle... MATADLO, TRITURARLO, pero no dejéis que escape bajo ningún concepto!

La Máquina Traductora de ondas mentales a palabras e ideas, transmitió esa orden tajante a los servidores del supremo poder de Thor. Y también dio una respuesta mental al supercerebro oculto:

"No temáis, Mente poderosa. No hará falta matar.

Arak de Tebas el Guerrero escogido, será introducido en el quirófano inmediatamente. Y extraído su cerebro para vuestro alimento..."

Las líneas mentales del enorme encefalograma, se agitaron, en complacidas vibraciones vitales. Además del poder y la tiranía, las células de un asesino nato, crecían y se desarrollaban ya en aquella Mente maestra. La crueldad, el conocimiento del ajeno sufrimiento, de la muerte de otros, llenaba de placer y júbilo a La Mente...

Mientras tanto, la lucha titánica de un hombre solitario, frente a los tentáculos fríos y articulados de una máquina, continuaba estéril y agotadora, a la entrada misma del quirófano.

*

Arak sabía que todo estaba decidido.

Aun así, luchaba, luchaba, sin detenerse a pensar. Por instinto de supervivencia, por espíritu bélico, indómito, combativo y rebelde.

—Si he de morir otra vez, ahora de modo definitivo, moriré... ¡Pero luchando, matando si es posible!

La pugna se hizo épica. Otro segundo brazo metálico saltó, rotos sus circuitos electrónicos, cuando Arak logró torcerlo y quebrarlo, con un esfuerzo que hizo crujir sus huesos y retorcer sus músculos, en titánica postura. Saltaron argollas de metal chispas, cables y circuitos abrasados...

La ira invadió a los servidores de La Mente. Otra máquina fue dirigida hacia él, para apoyar a la anterior. Rostros azules, demudados, sorprendidos, asistían por grandes pantallas visoras, a la lucha increíble del Hombre y la Máquina, en un duelo que, aunque resuelto de antemano con la inexorable derrota del ser humano, tenía algo de mítico, de increíble, para los débiles seres de aquel planeta.

—Es un loco —dijo alguien—. Pero un loco temible, si gozara de libertad...

—Ese hombre... —fue el Mensajero Primero quien hizo el comentario, viendo la pugna de titanes en la pantalla—. Siempre el mismo. Nunca cede, jamás se rinde...

Al final, la lucha se resolvió como tenía que terminar. Con la victoria mecánica. Uno de los tentáculos de acero se enroscó en torno al cuerpo de Arak. Otro, sujetó sus brazos, en estrecho apretón. Un tercero, le arrastró inerme, hacia la entrada del quirófano.

La batalla estaba sentenciada. La vida de Arak, también.

Iba a ser trepanado en vida. Y su cerebro, palpitante, vivo, arrancado de su cavidad craneal, para ir a parar a un diabólico, alucinante destino oculto...

La Mente se sintió feliz, jubilosa, malignamente feliz. Arak,

vencido, extenuado, elevó sus ojos rasgados al cielo púrpura de Thor.

—Amón, mi dios… —susurró—. Ya sólo en ti puedo confiar…, y estás muy lejos.

Luego, el olvidado de los dioses terrenos, fue conducido al umbral del quirófano, dispuesto ya a recibir a la quinta y última víctima.

Era el fin.

Más allá de la Muerte, Arak volvía a encontrarse su mismo destino inicial: otra vez la Muerte, esperándole con sus tinieblas hondas y eternas.

Todo lo demás, había sido inútil. Su sentencia definitiva estaba allí. Se preguntó si habría valido la pena salir de su lejana tumba en Tebas, en la Ciudad de los Muertos, sepultado en vida. Si sirvió de algo cruzar los espacios, viajar hacia las estrellas, para seguir el mismo destino fijado de antemano.

Cuando menos, allá abajo su cerebro no hubiera servido para alimento de un monstruo mental. Ni para el exterminio de otros seres vivientes, dotados de inteligencia y sensibilidad.

Pero eso no podía evitarlo ya. Se vio dentro del quirófano.

Un brazo de acero le sujetaba. Otro fue a por el gran bisturí electrónico, que zumbó, camino de su cráneo.

Arak cerró los ojos. No por miedo, sino por ira, por horror. Esperó.

Un instante después, sólo un instante, el bisturí trepanaría la piel y el hueso, llegando al cerebro vivo, para extirparlo sin piedad.

Y ahora, nada ni nadie podían librarle, por segunda vez, de su mortal destino.

SEGUNDA PARTE

DRAGA

CAPITULO PRIMERO

Esta vez… también sucedió.

Arak nunca supo cómo fue. Pero sucedió.

Repentinamente, el bisturí mecánico estalló en pedazos. Empezó a chisporrotear todo violentamente. Se incendiaron los circuitos. Un cable alcanzó al Gran Cirujano. Emitió éste un ronco, largo alarido, mientras se tornaba de un azul centelleante, y por fin de un negro carbonizado. Rodó sin vida, electrocutado. Otros servidores de las máquinas cayeron, también heridos por la descarga eléctrica de altísimo voltaje. Ninguno se movió ya del lugar donde cayera.

Una pantalla se quebró en pedazos, con enorme explosión. Llamearon las computadoras, y huyeron despavoridos muchos servidores de los mecanismos, al verse envueltos en aquel caos eléctrico tan peligroso, tan mortífero.

Arak de Tebas abrió sus ojos. Miró en derredor, aturdido. No entendía nada de todo aquello, pero sabía lo que era la electricidad. Lo había aprendido a bordo de la nave estelar, a través de la Ciencia de los Mensajeros. Sabía su peligrosidad, y sabía cómo eludirla.

Se mantuvo en la plataforma aislante del quirófano electrónico, mirando en derredor, desde el vertedero gélido donde yacían, con sus cráneos vaciados, los cadáveres de sus cuatro compañeros de viaje cósmico, hasta los cables chisporroteantes, los brazos articulados, ennegrecidos y envueltos en llamas, y las pantallas visoras o detectoras, astilladas por diversas explosiones.

No entendía nada de lo que sucedía, ni imaginaba por qué estaba sucediendo, pero entendía algo cuando menos: era su ocasión, su oportunidad de oro. Si había alguna ocasión para huir, ésta era la única. No iba a desaprovecharla.

Se envolvió en uno de los tejidos aislantes que servían de envoltura a su cuerpo para la operación electrónica. Salió al peligroso exterior, entre estallidos y chispazos, procurando no tocar los suelos metálicos, por los que corría una fuerte corriente de altísimo voltaje, mortal de necesidad. Sus pies, envueltos en el tejido aislante, se movían con rapidez, pero también con cautela, para no desenvolverse y provocar el contacto fatal.

Repentinamente, oyó algo sobre su cabeza. Un zumbido continuado, como de unas hélices girando. Arak no conocía el sonido, pero la lógica le hizo mirar arriba. Buscó y encontró al que producía aquel ruido.

Era un disco. Un disco con un sistema helicoidal de tracción. Descendía, planeando, sobre él. Observó que un proyector emitía,

desde el disco volante, una especie de haz de luz plateada sobre las instalaciones electrónicas y, a su simple contacto, empezaban a saltar chispas y producirse cortocircuitos e incendios.

Luego, el disco descendió sobre su cabeza. Una voz le llegó nítida, en el lenguaje de Thor, que él ya dominaba:

—¡Pronto, guerrero, sube! ¡No pierdas tiempo, salta a esta nave! ¡Voy a descender, rozando casi el suelo! ¡Salta entonces!

No sabía quién era, pero no podía ser un enemigo. Aquel rayo luminiscente, plateado, era el que provocaba el desastre electrónico que podía beneficiarle a él. Que le había salvado de la extirpación de su cerebro, en principio.

Esperó, y el disco descendió, hasta ponerse a su nivel, flotando a menos de una yarda del suelo metálico, saturado de alta tensión. Vislumbró una compuerta circular. Y saltó, con agilidad, cayendo sobre ella. Penetró en la nave.

Se cerró la compuerta, se elevó con violento zumbido el disco volador, Arak, que iba de sorpresa en sorpresa en aquella su nueva vida interplanetaria, supo que se elevaban considerablemente sobre la gran urbe que era capital de Thor, perseguidos ahora por impactos aéreos, posiblemente dirigidos por los servidores de La Mente a la nave que les había burlado, rescatando a Arak de Tebas en el último momento.

—Gracias —jadeó el egipcio—. No sé quiénes puedan ser mis libertadores, pero…, gracias de corazón.

Estaba en un compartimento muellemente alfombrado con algo espumoso y blando. El aire era suave, fresco y aromático. Se desperezó fatigado, rotos sus nervios tras la dura prueba vivida. Se sintió cansado, somnoliento, relajado súbitamente hasta el agotamiento total.

E inesperadamente, sin darse apenas cuenta, rodeado de aquella atmósfera fresca y amable, de aquellos aros más dulzones y confortables, Arak de Tebas cerró los ojos.

Y se quedó dormido. Profundamente dormido.

*

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Es la paz. Dormías. Has despertado, hermoso guerrero…

Arak de Tebas elevó los ojos. Contempló, fascinado, el lugar. Y, sobre todo, a la criatura que tenía frente a sí.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy Draga.

—¿Draga?

—Tu amiga. Tu amante, si lo deseas. Soy la vida para ti. La vida es

amor, es goce, es placer y es ternura, es vitalidad y fuerza, es luz y sonidos… Yo, Draga, soy la vida.

—No me cabe duda —susurró Arak, incorporándose lentamente—. Eres la vida… La Vida, Draga, quienquiera que seas, y vengas de donde vengas. La Muerte quedó atrás. Eres lo que está por encima de la Muerte. Más allá de la misma Muerte…

Se movió hacia ella, sobre aquella especie de blanda, jugosa pradera dorada, de frutos rojos y hierbas color oro suave, movidas por una brisa que traía música de trinos melodiosos, susurro de agua fresca y murmullos de voces cantarinas.

Y en medio de todo eso, ella. Draga…

Draga era un enigma. Un hermoso e inquietante enigma. Erguida frente a él, sólo con aquella minúscula pieza de alguna piel exótica de animales ignotos, sobre un cuerpo turgente, hermoso, de generosas curvas, de arrogancia y elasticidad felina. Una mujer. Sin piel azul, sin ojos saltones, sin membrana translúcida, sin cerebro enorme. Una mujer hermosa y perfecta…

—Draga, tú no eres de este mundo. No puedes ser de Thor, el planeta de los seres azules y cerebrales…

—Soy de una de sus lunas, guerrero— sonrió ella, y al entreabrir el fruto maduro de sus labios rojos, exhibió el blanco de sus dientes bellísimos. Al mover la cabeza suavemente, el pelo fue una crin de seda, color plata, golpeando sus hombros desnudos, bronceados. —Una de sus lunas…

—Sí, uno de esos cuerpos luminosos de la noche de Thor, no lejos de su oscuro y feo asteroide o satélite rocoso, llamado Xaal. Esta es la luna Áurea. Y yo, Draga, vivo aquí…

Una mujer…, una luna…

Todo fantástico. Increíble, se dijo Arak. Pero le estaba sucediendo a él. Era el más bello y dulce despertar imaginable. Más hermoso que una noche de lima junto a los lotos del Nilo.

Pero aún había muchas cosas por explicar. Vio el unicornio enano, detrás de la hermosa. Una especie de caballo de crin escamosa, de un solitario cuerno agudo, en su frente. Un unicornio color rosado, que parecía seguirla, como si ella fuese su amazona habitual. Y sin duda lo era, aunque el extraño, mítico animal, no mostraba silla de ninguna clase en su lomo.

—Draga, yo… yo soy Arak.

—Lo sé —sonrió ella—. Arak de Tebas, el guerrero de lejanos mundos.

—¿Cómo puedes saber…?

—Draga sabe muchas cosas. Muchas… Eres hermoso, Arak. Hermoso, fuerte, indómito y bravo.

—Draga, yo… yo estuve a punto de morir en Thor. Me libré

milagrosamente, no sé aún cómo...

—Yo sí lo sé.

—¿Tú? —la miró, perplejo—. ¿Acaso tú... tú sabes... has intervenido...?

—Yo no estaba allí. Pero sí Vultar.

—¿Vultar?

—El Mago de la Ciencia. El libertador. El enemigo del Mal.

—Que Amón le bendiga... Bueno, no entenderías, Draga —Arak sacudió la cabeza—. Vultar me rescató. ¿El me trajo aquí?

—Sí, él te trajo. Es el lugar más seguro. Esta luna es magnética. No pueden atacarnos desde Thor con armas especiales. Se desvían en nuestro cerco magnético. De momento, estamos a salvo, aunque eso nunca se sabe, luchando contra La Mente...

—La Mente... —se estremeció Arak—. Cielos, casi la había olvidado. Era todo demasiado hermoso, no existiendo esa... "cosa" invisible.

—Puede ser igualmente hermoso. Pero hemos de ganarnos el derecho a gozar de esa hermosura, Arak.

—¿De qué modo?

—Declarando la guerra a La Mente. Combatiéndola sin piedad, sin cuartel. Hasta su aniquilación definitiva.

—Su aniquilación... Sí, eso volvería posiblemente a este planeta de un destino horrible, pero, ¿quién puede hacer tal cosa?

—Vultar lo intentará.

—¿Por qué no lo intentó antes?

—No era posible. Faltaba la fuerza, el factor psicológico que hiciera ver a muchos que el mecanismo de La Mente no es invencible. Que incluso un solo ser puede vencerlo...

—¿Quién lo ha podido vencer hasta hoy, Draga?

—Tú.

—¿Yo? —pestañeó sorprendido el egipcio—. Oh, entiendo. Mi lucha, antes de ir al quirófano...

—Vimos todo eso en una emisión de imágenes de la capital de Thor. Por eso Vultar fue en tu rescate. Dijo que eras el hombre que necesitaba la causa. Al fin teníamos un líder.

—Un... líder? —sacudió la cabeza Arak—. He sido capitán de soldados, allá en Egipto, la tierra de donde yo soy. Pero de eso a ser soldado de una guerra planetaria... y, además, en condición de líder... No sé... No creo que tenga nada que ver, Draga.

—Eres un gran guerrero. Un soldado valeroso. Un hombre fuerte y lleno de vigor y voluntad —se acercó, acariciando sus músculos con mano suave—. Quédate con nosotros, Arak. Sé nuestro caudillo. Te necesitamos.

—Si supiera que puedo servir de algo...

—Lo sabemos nosotros, Arak. Quédate, por favor... Puedes ser el gran enemigo que La Mente necesita para ser aniquilada al fin.

—Sueñas despierta, Draga.

—Me gusta soñar —sus ojos color miel se clavaban en el egipcio, dulcemente—. Pero a veces, los sueños se convierten en realidad.

—Pocas veces— suspiró el egipcio—. Y eso que yo soy el menos indicado para hablar de ese modo, después de cuanto ha llegado a sucederme inútilmente...

—Arak... sé que te quedarás... aunque sólo sea por mí... —le rodeó, espontáneamente, con sus brazos desnudos. Le empujó, dejándole caer suavemente en la muelle alfombra de dorada hierba y rojos frutos. Luego, su boca cubrió la de él—. Hazlo, guerrero... Por Draga...

Arak no respondió. Si él era el guerrero, como ella decía... éste era el reposo del guerrero.

Un dulce, un hermoso reposo, ciertamente. No podía rechazarlo.

*

—¿Feliz, Arak?

—Mucho. Casi me da miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De La Mente?

—No pensaba en eso ahora. Miedo de ser tan feliz. De abrir luego los ojos, despertar..., y ver que todo ha sido un sueño. Todo. Incluso tú, Draga. Y su rosado unicornio...

—¿Krall, mi pequeño unicornio? —rio ella—. ¿Nunca viste ninguno antes de ahora?

—Nunca. En mi mundo no hay unicornios. Tampoco hay hierba dorada, ni chicas como tú, esculturas vivientes de pelo de plata, ojos de miel y boca de fruta madura. ..

—¿Cómo son las mujeres de tu mundo, Arak?

—Mujeres —se encogió de hombros—. Sólo eso. Y dime, Draga: ¿por qué tú eres... de ese modo, mientras en Thor todos son diferentes, azules y de cráneo desarrollado, sin cabello, débiles y deformes...?

—Somos razas diferentes. Se dice que nosotros, los que habitamos la luna Áurea, procedemos de otros mundos lejanos, y aquí nos aposentamos, cuando nuestros antepasados se quedaron aquí, a causa de la avería de una nave espacial. Es sólo leyenda. Si fue realidad, no puedo jurarlo, Arak.

—Yo sí podría hacerlo. No podéis ser de este mundo. Algo os trajo hasta él, un soplo de viento cósmico acaso... o un capricho de las estrellas. O porque yo tenía que encontrarte un día, allí donde ningún hombre de mi mundo ha llegado aún, ni probablemente, llegará

jamás.

—Pues ya que has llegado..., quédate. Para siempre, Arak...

—Siempre, es mucho tiempo —sonrió él—. Pero no puedo volver a mi planeta. Está demasiado lejos. Es inaccesible para mí. Y no hay nada que me ate a él. Me condenaron a morir. Si regreso, quizá repitiesen la sentencia.

—¿Entonces...?

—No sé. Todo es tan confuso, estoy tan desorientado, tan aturdido...

—Al menos, quédate como soldado. Lucha con nosotros contra La Mente.

—La Mente... —Arak afirmó despacio, con gesto sombrío, enérgico —. Eso sí, Draga. Me quedo a luchar con vosotros. La Mente tiene algo que pagarme aún. Y lo pagará. Sé que lo pagará...

—Magnífico, guerrero. Contigo aquí, ya nada temo —llamó a su unicornio rosa—. Ahora, ven conmigo.

—¿Adónde?

—A nuestra Residencia de las Nubes.

—¿A...dónde? —parpadeó Arak.

—Ya la verás, querido. Es tu nuevo hogar. Tu reino. Lo que debes defender, contra la maldad de nuestro enemigo implacable. Allí nos esperará ya Vultar. Espero que seáis amigos. Y unidos, como camaradas leales, venzáis en esta lucha...

—Así sea —rogó Arak de Tebas entre dientes, subiendo a lomos del fantástico animal rosado, con Draga junto a él, sobre el unicornio.

Poco después, como en un ballet fantástico, el unicornio cabalgaba hacia la Ciudad de las Nubes. Hacia el nuevo mundo que iba a conocer Arak de Tebas en su peregrinar por los espacios siderales...

CAPITULO II

—Yo soy Vultar, guerrero extranjero.

—Me alegra conocerte, Vultar. Y gracias por tu ayuda. Te debo la vida.

—Tonterías —rechazó el caudillo de los pueblos selváticos, ahora emigrado a la luna Áurea con parte de su gente—. Tú te ganaste ese derecho, Arak. Sólo un gran guerrero, un hombre indómito, se enfrenta a lo inevitable con la furia con que lo hiciste tú... Eso me decidió. Esta guerra aún no estaba declarada. Ahora, sí. La Mente sabe quién causó el daño. Y estará estudiando sus represalias, lo más feroces posibles...

—De modo que... es la guerra.

—Abierta, sí. Declarada ya. Guerra a muerte. Si ellos triunfan otra vez, nos esperan el exterminio, la esclavitud, la aniquilación total...

—¿Y si vencemos nosotros...?

—Entonces, sería el fin de una pesadilla. Destruiría gustoso a La Mente. Y todo lo que le rodea.

—Pero... ¿quién o qué es La Mente?

—Si lo supiera... Nadie llega hasta La Mente. Nadie lo ha visto aún. Todo el mundo se imagina un monstruo, un coloso, una especie de enorme ser inmóvil, encerrado, puro cerebro y nada más, rigiendo los destinos de un planeta tiránicamente.

—Sí, es lo mismo que yo he imaginado. Sin embargo, yo...

—Sin embargo..., ¿qué, Arak? —quiso saber Vultar.

El egipcio no dijo nada. Paseó, pensativo, como si diera mentalmente vueltas a una idea propia, que no acababa de ver clara.

—Me gustaría concretar mis presentimientos, pero intuyo algo raro, fantástico...

—¿Fantástico? ¿En qué sentido? —se inquietó Vultar.

—En sí mismo, en su naturaleza... Creo..., creo que cuando sepamos qué o quién es La Mente, vamos a llevarnos una gran sorpresa.

—Temo no entenderte, guerrero...

—No, ni yo tampoco lo entiendo bien del todo —miró en torno, con un suspiro—. Dejémoslo ahora. Hablemos de vosotros, de vuestros bastiones, de vuestra fuerza. ¿Con qué esperas atacar a La Mente y sus máquinas..., y cuántos hombres existen para formar un ejército bien preparado?

—Tú has visto esta ciudad maravillosa. Reposa realmente sobre nubes —mostró abajo, a sus pies, los densos y blancos nubarrones que formaban la base de la ciudad aérea, flotando en el vacío, sobre

columnas invisibles de energía magnética. Es inaccesible para La Mente. Nadie que no seamos nosotros, puede llegar hasta aquí. Esto nos da una ventaja. Atacaremos desde esta base a los puntos vitales de La Mente. Si todo va bien, podemos pulverizarle sus circuitos especiales, y una vez desconectado de sus sistemas electrónicos de comunicación y control, ese monstruo desconocido sería-prácticamente un ente inútil, fácil de aplastar.

—Quizá no tan fácil —musitó Arak, pensativo.

—¿Qué te ocurre? —se sorprendió Vultar—. ¿Eres pesimista acaso? No creo que eso fuera con un hombre como tú, Arak...

—No me gusta dar por ganada una batalla, sin haberla disputado antes —señaló el egipcio seriamente—. Es el modo de no cometer errores ni confiarse antes de tiempo.

—Quizá tengas razón, Arak. Tú eres el soldado, no yo —Vultar se irguió majestuoso. Era muy alto, enjuto, envuelto en largos ropajes oscuros, como un hechicero de viejos tiempos. Llevaba un casquete negro, ajustado a su cráneo. Tenía la piel cérea y los ojos hundidos. Era frío e inteligente. Le llamaban El Mago de la Ciencia por alguna razón. Arak no se la había preguntado aún.

—No soy un general. Sólo un soldado. Y por eso quisiera darte un consejo, Vultar.

—¿Cuál?

—Has atacado una vez a La Mente. Y saliste bien de ello. No esperes que se rehaga y te devuelva el golpe. ¡Ataca de nuevo!

—No es mala idea, pero, ¿cómo? Tiene averiadas sus líneas de contacto con las máquinas y computadoras, pero siempre dispone de una red oculta de comunicación y control, que nadie sabe dónde se halla ni cómo funciona. Así reparte órdenes, hace actuar a .otros computadores y mecanismos, reparando lo dañado.

—Habrá un personal de confianza, que maneje sus mecanismos secretos...

—Sí. Los Vigilantes. En especial los seleccionados: Vigilante Alfa, Vigilante Betta, Gamma, Omega...

—¿Son gente azul de Thor?

—Sí. Todos lo son.

—¿Tienes gente azul en tus líneas?

—No. No confío en ellos. Pueden ser espías o traidores. Además, son cobardes. Inteligentes, pero faltos de fuerza, de combatividad... No, no quiero meter aquí a ninguno de ellos.

Arak sonrió.

—Pero sí podríamos meter en Thor, a un "hombre azul", a un nuevo Vigilante...

—¿Te has vuelto loco, guerrero? Si no tengo ninguno a mi servicio, ¿cómo me fiaría de uno, para una misión así?

—Inventándote un hombre azul —sonrió Arak.

—¿A qué te refieres?

—A mí… disfrazado de hombre azul de Thor…

*

Arak de Tebas miró en derredor con disimulada cautela.

La cabeza le pesaba mucho. Pero era un buen arreglo.. La pequeña cara, los ojos saltones, el enorme celebro membranoso y repulsivo, el cuerpo encogido, envuelto en una ancha túnica de tejido cristalino opaco…

Sí. Era una buena obra. Vultar se había lucido en el arreglo de su aspecto. Cuando menos durante un corto espacio de tiempo podría engañar a cualquiera. Y no pensaba quedarse mucho en Thor.

Gran parte de la capital estaba en sombras esa noche, por causa de las graves averías en los circuitos eléctricos. Arak se alegró de tal circunstancia, que le permitiría ir y venir con mayor libertad por algunas zonas oscuras de la capital.

Activa, febrilmente, las máquinas y los equipos especializados, reparaban los daños causados. Azules servidores de La Mente, con uniformes metalizados y armas térmicas, se movían en patrullas por doquier. Se respiraba ambiente bélico.

Rodeó Arak el pabellón central de máquinas, donde fuera él salvado por Vultar del peligro inminente de electrocutamiento… o de volver a caer en manos de La Mente.

Vio una brigada de cabezudos hombres azules, moviéndose rítmicamente hacia una entrada vigilada por guardianes armados. Era un acceso subterráneo, por el que desaparecieron en formación, tras exhibir sus credenciales plásticas.

Oculto tras un edificio medio abrasado por el caos anterior, asistió a esa escena. Rápidamente, Arak corrió a otro punto por donde venía ya, en ese sentido, una segunda patrulla uniformada. Estos se detuvieron, en formación, no lejos de otra entrada igualmente vigilada estrechamente. Cada uno sacó su credencial, esperando turno, Arak, paciente, aguardó. La columna doblaba una esquina para ir entrando en el recinto. Hubo un momento, en que sólo uno se quedó al final de la hilera esperando a doblar la esquina para seguir a los demás.

Arak actuó entonces. Salió rápido, y su puño descargó un mazazo brutal en la cabeza voluminosa, azul. El tipo cayó sin un gemido. Lo apartó, rápido, metiéndole en un punto oscuro de la zona, mientras le despojaba del simple uniforme, y se lo aplicaba él, sin olvidar además su credencial plástica, provista de un control electrónico.

Pasó la esquina. Aún faltaban cuatro por entrar. Lo hicieron, uno a

uno. Arak entró, con toda serenidad, tendiendo su tarjeta a un funcionario. Este comprobó su número en una pantalla y, y sin mirarle, le invitó a pasar, rutinariamente.

Se encontró descendiendo al subsuelo de la capital, en silencio, rodeado de todos los demás hombres de piel azul y cabeza deforme. Esperaba que nadie notase que todo era un simple efecto de caracterización.

No hablaba nadie entre sí. Todo era hermético, silencioso, frío y rígido. Actuaban como autómatas. Se preguntó si no lo serían, controlados por algún circuito mental de su amo y señor, La Mente.

Eso podía ser peligroso. Debería vigilarse a sí mismo, impedir que pensase en algo revelador, que accionara los detectores mentales del misterioso amo de Thor.

Bloqueó sus pensamientos. Había aprendido a hacerlo a bordo de la nave cósmica, cuando viajaba hacia la nebulosa espiral, como un ejercicio mental, orientado por sus maestros, los Mensajeros Primero y Tercero. Resultaba irónico utilizar ahora esa habilidad en contra de ellos.

Se dieron órdenes secas. Eran una patrulla de reparaciones, encargada de arreglar los contactos electrónicos entre la máquina llamada El Poder, y el resto de la red de comunicación y control que situaba a todo el planeta, virtualmente, en las manos de La Mente, su cerebro rector.

A Arak, el corazón le dio un vuelco. ¡Reparaciones cerca de la máquina El Poder! Estaba seguro de que, de algún modo, entre esa máquina y La Mente, no había mucha distancia... Seguramente estaba muy cerca de allí.

Animoso, fue con los demás, manteniendo su aparente rigidez estática. Esperaron, junto a un muro metálico, desgarrado por una explosión. Otra pareja armada montaba guardia allí.

El Poder... Una máquina ultrasecreta... Acaso la explicación de todo. Arak, dominando su excitación, fingió trabajar con la misma indiferencia helada que todos los demás. Pero en un momento dado, la guardia armada se acercó a ellos, para comprobar la buena marcha de la reparación. Parecieron satisfechos, y hablaron con el jefe de grupo.

Arak, rápido, se deslizó por la abertura de la explosión. Y se encontró dentro de una máquina electrónica de ingentes proporciones. Un complejo sistema de varios pisos de altura, dentro de una envoltura metálica, hermética.

Arak no perdió la serenidad, pese a lo peligroso y excitante de la situación. Se movió, decidido, estudiando unos paneles. Las cifras y signos no le dijeron nada. Descubrió una especie de escalera de caracol, angosta y en espiral, que se perdía hacia las alturas, por entre

los diversos pisos. Salvo algunas luces verdes, fantasmales, no había claridad de ninguna clase en aquel lugar en que estaba.

De repente, Arak se detuvo ante una plataforma metálica. Allí vio un rótulo luminoso. Y una plancha magnética debajo, que detectaría la presencia de cualquiera que pasara por allí.

"PROHIBIDO ESTACIONARSE O MOVERSE POR ESTA PLANTA A TODO EL PERSONAL, EXCEPTO EL VIGILANTE BETTA."

Los ojos de Arak, disimulados tras las saltonas pupilas falsas, brillaron, astutos. Aquella planta... Vigilante Betta... ¿Sería aquello el contacto entre El Poder y La Mente?

Pese a la prohibición, abandonó la escalerilla de caracol. Se enfrentó a la plancha magnética. Vultar era hombre de gran imaginación para esas cosas. Previamente, ya le había dicho los obstáculos que, aproximadamente, hallaría en su camino. Y eso se confirmaba por el momento..

Buscó en sus ropas. Del interior de un tejido aislante, extrajo un anti-magneto, que adhirió a la plancha. En el acto, la fuerza magnética que accionaría la alarma, apenas pisara él la plancha metálica del suelo, pasó al adminículo aplicado al metal. Pisó, y no sucedió nada. Pudo seguir adelante, por el piso prohibido.

Allí dentro, los muros eran complejas agrupaciones de válvulas, indicadores, tableros electrónicos, pantallas visoras y toda clase de elementos, propios de un gran centro cibernético. Para Arak, todo aquello hubiera sido anteriormente un laberinto sin sentido. Durante su viaje espacial, aprendió lo que era la Electrónica, la Cibernética, las nuevas ciencias de otros mundos más avanzados. Aun así, todo era tan complejo, que resultaba difícil entenderlo.

Finalmente, descubrió al Vigilante Betta.

Estaba al fondo, en un pabellón circular, donde las pantallas visoras eran diversas. En ellas, se repetía hasta la saciedad una figura repugnante y viscosa, que puso un escalofrío en el cuerpo de Arak de Tebas.

Un cerebro humano.

Simplemente eso: una gris, oscura masa encefálica, flotando en algo neblinoso, en alguna parte... Con palpitaciones blandas, repugnantes, que agitaban aquella forma repulsiva, aquel seso repetido en más de una docena de pantallas computadoras.

Un mecanismo tableteaba sin cesar. Una pantalla luminiscente, se iba cubriendo de signos de Thor, que Arak incluso a aquella distancia, entendió perfectamente:

"...UNA VEZ REPARADAS LAS AVERIAS PRINCIPALES,

PREPARAR ATAQUE MASIVO CONTRA LA LUNA ÁUREA Y, ESPECIALMENTE, LA CIUDAD DE LAS NUBES DE VULTAR. YA SABÉIS COMO DESTRUIR LA BARRERA MAGNÉTICA CON EL NUEVO RAYO DISOLVENTE.

"ANIQUILAD A VULTAR, A DRAGA. Y SOBRE TODO, CAPTURAD VIVO, A SER POSIBLE, AL GUERRERO ARAK. SI NO... QUE SEA MUERTO."

Según el énfasis dado a cada frase, el cerebro flotante y repulsivo se agitaba con más fuerza. Era evidente que todo el texto partía de La Mente, y el Vigilante Betta lo recibía, pasándolo a la computadora llamada El Poder, que transmitía las órdenes a diversos puntos de recepción.

El juego estaba claro. Como también el peligro inminente que corría Áurea. Y no podía avisarles ahora. Era preciso, ante todo, salir nuevamente de allí. Y eso podría resultar más difícil, incluso, que penetrar.

Intentarlo era ya inevitable. Aquel lugar era candente. El cerebro era lo bastante poderoso para captar su presencia y avisar a Betta. O viceversa.

Arak de Tebas se puso en marcha. Retrocedió, lentamente. Pero no pudo evitar el roce con uno de los tableros. Justamente uno de los que aparecían repletos de teclados complejos. Su roce debió oprimir algunas teclas. Empezaron a centellear dos tableros, sin motivo alguno. Rápido, el Vigilante Betta se puso en pie, mirando alarmado hacia allá.

Y descubrió la presencia de Arak.

—¡Alarma! —aulló—. ¡Arak de Tebas está aquí! ¡Alarma general!

Pulsó un botón. Todo, en torno de Arak, se tiñó de violenta luz roja, y los timbres de alarma ensordecieron el ambiente. En su repetida imagen televisada, el cerebro palpitante y repulsivo de La Mente, se agitó, convulso, lleno de excitación aquel feo y grisáceo amasijo vital...

CAPITULO III

ALARMA.

Arak, sorprendido. Descubierto. Desenmascarado.

Y, sobre todo, cercado. Metido en la propia ratonera. Cómo había podido descubrir el Vigilante Betta su identidad fue un misterio momentáneo..., hasta que Arak descubrió, en una pantalla de televisión, junto a él, este mensaje escrito, en rojo de emergencia:

"ENEMIGO INFILTRADO MAQUINA EL PODER. FALSO CIUDADANO DE THOR. DISFRAZ COMPROBADO POR OBSERVADORES ELECTRÓNICOS. IDENTIDAD REAL: ARAK DE TEBAS."

Era la ultraperfección de las máquinas. Podían descubrir y desenmascarar a un falsario introducido allí. Un leve error había bastado: tocar aquellas teclas.

La Mente emitió una orden que vibró, zumbando rabiosamente, en una pantalla lectora:

"¡QUIERO VIVO A ESE HOMBRE! ¡HAGAN LO IMPOSIBLE POR CAPTURARLE! ¡SI NO... MUERTE A CUALQUIER PRECIO!"

Una orden así de La Mente, era obedecida de modo ciego por sus servidores. Vigilante Betta se precipitaba ya sobre él, empuñando un arma. Arak la conocía. La había visto antes, en poder de Vultar, allá en la ciudad aérea: eran cargas paralizantes. Si le alcanzaba una sola de ellas, estaba perdido. Quedaría petrificado durante un par de horas. Sería prisionero, nuevamente, del odiado enemigo. Y esta vez le reservarían algo terrible, sin duda alguna.

Era preciso evitar, ante todo, la descarga paralizante. Y la evitó. Se limitó a saltar, ágilmente, reptando sobre el panel electrónico. El rayo se estrelló en el teclado, a sus pies. Antes de que Betta tuviera tiempo de volver a dispararla, Arak habíase despojado de su ficticia cabeza azul, adherida a la suya propia, y la arrojaba contra Betta, con fuerza.

No era solamente una cabeza. Había ido bien prevenido, por consejo de Vultar. Aquella pieza, en su interior llevaba una fuerte carga explosiva, que reventó justamente entre las flacas piernas azules del Vigilante Betta, que reventó a su vez en pedazos, desgarrado brutalmente por la explosión. Junto con él, varios paneles electrónicos, pantallas televisoras, tableros y controles, saltaron, entre estallidos, chisporroteos y llamaradas.

Allá al fondo, en las pantallas visoras, era visible la furia

impotente de la masa encefálica viva, palpitante, agitada por emociones violentas ante lo que, sin duda, recibí en sus centros receptores, desde el pabellón prohibido de El Poder.

Pero Arak no ganaba nada quedándose allí y enfrentándose a una simple imagen televisada a distancia, de La Mente misma. Cuando menos, ya sabía lo que era, la horripilante realidad de aquella materia viva y llena de maligna inteligencia: un cerebro sin cuerpo, sin nada material, salvo la propia masa encefálica, alimentada sólo Dios sabía por qué extraña ciencia...

Era preciso escapar de allí. O intentarlo, cuando menos, del avispero que era ahora el interior de la enorme computadora.

Corrió a la salida, dispuesto a vender cara su vida contra quien fuese. Sufrió un leve desaliento, al ver a más de diez o doce hombrecillos azules, de enorme cráneo, esperándole armados. El era fuerte físicamente, y ellos no. Pero de eso a vencer a tantos enemigos, había un abismo.

A pesar de ello, decidido, embravecido, el guerrero egipcio cargó contra todos ellos.

Jugándose el todo por el todo, Arak de Tebas fue una vez más, el soldado audaz y temerario de las campañas en suelo egipcio, allá en su planeta...

*

Arak cayó sobre la nube de hombrecillos. Era una furia desatada, un titán dispuesto a todo. Incluso a morir, si no había otra salida. Y posiblemente no la hubiera, en realidad. Pero, cuando menos, debía intentarlo todo.

Los primeros hombrecillos azules de frágiles extremidades, cuerpo quebradizo y enormes cráneos de envoltura membranosa, retrocedieron asustados en principio. Luego, comprendiendo que eran muchos y esa unión podía significar una fuerza respetable, incluso contra un coloso como Arak de Tebas, el hombre de músculos poderosos, se hacinaron, repeliendo el ataque como mejor les permitía su hábil humanidad.

Saltaron por los aires, como pequeños batracios ridículos, todos los que primeramente recibieron el impacto demoledor de los puños de Arak, de sus golpes precisos, contundentes, terroríficos, abriendo brechas espantosas en el hacinamiento de adversarios.

Cuando en la puerta del pabellón destinado a la llamada Máquina del Poder, surgieron otras dos decenas de hombres de piel azul, Arak supo que todo estaba perdido. Aun así, siguió batallando, pero ya le caían encima los hombrecillos, como un alud vivo y demoledor. Individualmente, no eran nada, salvo en lo mental. Pero unidos,

constituían una plaga difícil de combatir.

—¡Ríndete, Arak! —sonó una voz potente y fría—. Ríndete..., o eres hombre muerto.

Se detuvo en su pugna Arak. Miró gravemente a los que le conminaban. Los Vigilantes de La. Mente estaban frente a él, con sus armas letales. Los hombres azules de Thor se apartaban, cumplida su misión en favor de su amo y señor, La Mente.

—Y si me rindo, también moriré, de un modo mil veces peor —argumentó Arak—. Matadme. Eso es preferible. Matadme ya. Ahora mismo, verdugos.

—No. La Mente dio una orden. Sus órdenes son sagradas. Serás conducido a su presencia. Serás el primer ser extraño que conozca cara a cara a La Mente. Es un raro privilegio el que te es concedido, Arak.

—¿Privilegio? —despectivo, Arak se incorporó, y apartando de sí a los últimos hombrecillos frágiles de Thor. Miró a sus captores, a las armas enfiladas hacia él, que podían inmovilizarle definitivamente, o bien destruir sus células y átomos en pedazos. Su voz sonó áspera agresiva—: ¿Qué clase de privilegio es el que me permitirá verme ante un ser repugnante, nauseabundo y cruel, ante un simple amasijo de masa encefálica, conservada artificialmente, sin cuerpo ni miembros, reducida a la condición de vulgar mecanismo pensante, y sólo al servicio del odio, la perversión y el Mal?

—Calla. Tus palabras de nada sirven, extranjero —le atajó fríamente un Vigilante—. La Mente dispone. La Mente ordena. Tú eres únicamente un vulgar y miserable humanoide que sólo fía en su fuerza física, no en su cerebro. No eres nada. No vales nada.

—Entonces, haberme dejado morir en mi mundo, en mi propia tierra, malditos autómatas sin criterio ni humanidad. ¡Yo no pedí venir, no pedí seguir viviendo, no pedí salvarme de mi muerte, si así la había dispuesto, con su suprema sabiduría el dios Amón!

—Sigues hablando insensateces. No existen dioses ni divinidades. Solamente existe un poder: La Mente. Sólo su fuerza se acata. El es nuestro amo, nuestro dios, nuestro cerebro y nuestra orden.

—Ciegos... ¡Ciegos y estúpidos! —jadeó Arak, furioso—. Eso es lo que sois todos, en este mundo que podría ser hermoso, grande y lleno de sabiduría, si vuestra mente sirviera para algo más que someterse a la de esa fuerza nefasta que os gobierna y que lanza al holocausto a los seres atraídos aquí desde lejanos planetas, para alimentar sus células grises en decadencia, para reforzar un cerebro viejo y cansado, que se agota si no recibe trasplantes de otros cerebros como el suyo...

—Ya basta. Nada de cuanto digas cambiará tu destino, que está en poder de La Mente —le cortó el Vigilante—. ¡Vamos, conducidlo a la cámara reservada a los prisioneros especiales...! ¡A los que son

enviados a presencia de La Mente..., y DEVORADOS física y mentalmente por nuestro amo y señor!

—¡Devorados! —rugió Arak, comprendiendo el horror que le esperaba, en presencia de la poderosa mentalidad viva de aquel mundo alucinante—. ¡Eso es lo que me reserváis! ¡Juro que no vais a lograr nada de nada...!

Y rápido, con una fuerza ciclópea, devastadora, cargó contra todos cuantos le rodeaban, no importaba que fuesen simples ciudadanos de Thor o Vigilantes al ser vicio directo de La Mente.

Nuevamente, los cuerpos débiles, sin musculatura ni energía física, saltaron por los aires como peleles, a impulso de su furia muscular, rebotando grotescamente contra las máquinas y paneles, de donde iban al suelo, como monigotes de vidrio.

Vigilante Gamma apareció en la entrada a la gran computadora del Poder. Apuntó al rebelde guerrero de otros mundos. Disparó su arma paralizante.

Y como una hermosa estatua, como un titán inmortalizado en bronce o en mármol de color, Arak de Tebas, el soldado de Egipto, se quedó inmóvil, paralizado por completo, rígido y a la vez en arrogante y vigorosa postura de hercúleo luchador invicto. Sin embargo, un arma le había paralizado con su rayo inmovilizante, surgido de un frío ingenio mecánico, producto de otros seres, de otra civilización, de otras gentes que, aunque situadas a remotísimas distancias de su mundo de origen, no sólo le habían conducido allí, a través de las estrellas, en el más increíble de todos los tiempos, sino que le habían llevado Más allá de la Muerte..., aunque sólo para un destino idéntico: morir, a fin de cuentas.

Pero morir para que otro ser demoníaco y horripilante sobreviviese: una "cosa" delirante, llamada La Mente...

Algo o alguien que, desde un ignoto lugar, gobernaba al planeta Thor, el mundo de las diversas lunas radiantes y del feo satélite opaco llamado Xaal. El planeta que tenía entre esas lunas, una llamada Áurea, donde habitaba una mujer, la más hermosa que jamás viera Arak.

Una mujer cuya vida, en estos momentos, como la de Vultar, su jefe, y la de otros rebeldes al poder siniestro de La Mente, no valía absolutamente nada.

Eso lo expresó claramente Gamma, cuando Arak de Tebas quedó inmóvil, petrificado, convertido en humana estatua:

—Vamos, pronto, trasladad a ese hombre hasta La Mente. Nosotros tenemos duro trabajo ahora.

—¿Qué trabajo, Gamma? —indagó otro Vigilante, solemne.

—La orden de La Mente: ¡Destruir la luna Áurea, con Vultar y Draga en él...!

Y eso, desgraciadamente, no podía oírlo siquiera Arak de Tebas, el hombre vencido, petrificado, cuyo destino era morir absorbido por un gigantesco cerebro movido por el odio y la crueldad.

*

La lluvia de fuego comenzó aquella misma noche.

Y fue seguida de otra lluvia de hielo. Como bíblicas maldiciones terrestres, cada una de las grandes calamidades, provocaron un caos en la luna Áurea...

El fuego abrasó los campos floridos y amables. Carbones y cenizas dantescas se extendieron por doquier. Poblados apacibles, gentes que vivían bucólicamente en su pequeño mundo de luz y felicidad, se vieron exterminadas, sus villorrios y viviendas convertidos en lava candente, que luego se petrificaba en goterones de horror derretido.

Algunos llegaron a refugiarse en la ciudad sostenida por las columnas invisibles magnéticas. La Residencia de las Nubes de Vultar, acogieron a largas hileras de emigrantes desesperados, heridos o agonizantes. Y se fortalecieron las defensas de la fortaleza flotante, de aquel mundo aéreo, sostenido entre nubes y soportes de energía intangible, que era el reducto final de los rebeldes de la ciencia. Vultar el Mago Científico, supo que las cosas estaban poniéndose mal. Parecía el final para todos.

Sobre todo cuando, apenas llegada la noche celeste sobre Áurea, a la vista del feo, oscuro y rugoso satélite Xaal, empezó la lluvia gélida sobre la ciudad. Y sobre sus alrededores, previamente calcinados por el alud de fuego.

Vultar se volvió lenta, solemnemente, del amplio visor ultrapanorámico, y habló con voz cansada:

—Estamos perdidos, Draga...

—¿Perdidos? —Draga le miró, absorta, con un centelleo colérico en sus grandes y rasgados ojos de color miel—. ¿Y tú dices eso?

—Parece obvio. Arak no ha vuelto. Arak ha caído prisionero, es evidente. Y ahora, ese maldito poder mental nos está aniquilando. Nos destruirá. Vamos a perecer. Creo que no hay otra solución posible.

—Vultar, acaso todavía haya esperanzas... —replicó ella, pensativa, bajando su noble cabeza de platinados y largos cabellos.

—¿Esperanzas? Ninguna, me temo. Ninguna, Draga...

—¿Por qué te sientes tan pesimista ahora, Vultar? Antes confiabas...

—Confiaba en ese hombre, en el guerrero de otro mundo. Parecía capaz de vencer, de ser el más fuerte. No debió serlo, pese a todo. Ahora, la lluvia de fuego exterminó pueblos enteros de nuestra luna.

La lluvia de hielo que está comenzando, extinguirá toda señal de vida, si dura lo suficiente. Cuando el hielo forme costra en los conductos de energía, la ciudad aérea dejará de tener su soporte y se derrumbará, en un caos horrible. Moriremos todos con ella. No saldremos vivos de sus ruinas, porque La Mente se ocupará también de eso, Draga.

—Tiene que existir un medio. Una forma de luchar todavía... —protestó ella, arrogante, indómita.

—No la hay —la voz fatigada de Vultar era lo más elocuente para cualquiera que le conociese—. No podemos luchar contra aquello que es más fuerte y devastador que nuestro espíritu y nuestra voluntad. Sólo hay que ceder, rendirse... o morir luchando.

—No sé cómo quieres morir tú, Vultar —habló Draga—. Pero yo, le haya ocurrido a Arak lo que sea..., ¡moriré luchando!

Y dio media vuelta, con altivez, mientras el visor ultrapanorámico revelaba la desolación de un satélite virtualmente arrasado, vacío, donde una nieve artificial, bombardeada desde los proyectores glaciales de Thor, iba envolviendo en una costra helada las ruinas calcinadas de la anterior lluvia de fuego.

Y ellos, indefensos, rodeados por el cerco que inicialmente fuera ígneo y ahora era gélido, sólo podían esperar en aquella ciudad ideal, sostenida como por científica magia en las nubes irisadas de Áurea, el fin inexorable.

Cuando las columnas invisibles de energía magnética cedieron, al interceptarse bajo la nube de hielo los conductores energéticos, llegaría el fin.

Y el fin llegó.

Bruscamente, hubo un crujido masivo en toda la hermosa y radiante Residencia de las Nubes, reino ideal de Vultar el Mago Científico. Las columnas energéticas cedieron, en una especie de llamarada de luz dorada. Edificios, soberbios bloques, columnas y torreones, cúpulas y bóvedas, cedieron, en un resquebrajamiento de apocalipsis.

La Ciudad de las Nubes se desplomó, en medio de un fragor horrible. Polvo de nieve intensa, como blanco sudario, envolvió las ruinas. Acá y allá estallaron chispazos, cortocircuitos, fogonazos que pronto apagaba el ambiente congelado del satélite...

Luego, en Áurea, luna de la vida, del amor y la fe en la libertad de los seres inteligentes, reinó un largo silencio oscuro. Un silencio de muerte, en las tinieblas de un astro repentinamente yerto y en sombras, como imitación lamentable del feo asteroide Xaal, siempre cercano, siempre hosco, como un pedrusco que flotase en el cielo de Thor, bajo el poderío omnímodo e invisible de La Mente...

*

La Mente.

Por fin iba a conocerla. Iba a estar ante ella. E iba a morir después. Sabía cómo, además. Absorbido. Devorado por un repugnante seso gigantesco, capaz de absorber y engullir toda forma posible de vida, para nutrirse con ella.

—Un parásito... —jadeó para sí Arak—. Eso es La Mente. Un vulgar cerebro parásito, poderoso y maligno. . Si le faltase un día de qué alimentarse, moriría por sí mismo, sea cual sea su poder...

Pero todas esas amargas conclusiones íntimas, no conducían absolutamente a nada. La lucha estaba de antemano decidida. Era un cautivo. Había pasado un tiempo de inconsciencia, no sabía cuánto. Ahora, se hallaba dentro de algo, de un cuerpo opaco, de un encierro hermético y cilíndrico, que no le permitía ver el exterior ni saber dónde estaba o hacia dónde iba. Porque si de algo estaba seguro, era justamente de eso: iba hacia alguna parte. Hacia algún lugar, dentro de un cuerpo en movimiento, del que él era ocupante. Pero ahí terminaba todo su saber.

El resto, le esperaba ahora. Y no podía sentirse optimista. Algo le decía interiormente que las cosas iban mal en Áurea. Y que Draga y Vultar no podían hacer ahora nada en su favor, como lo hicieran antes. Estaba solamente a merced de sus posibilidades. Y éstas eran bien escasas, por no decir nulas.

Aun así, ahora ya no se consideraba él lo más importante. Pensaba en la hermosísima y dulce Draga, la mujer de luna Áurea. Y en Vultar, el generoso Mago de la Ciencia. Pensaba en ellos. Deseaba que sobrevivieran, que alguna vez alcanzasen lo que todo ser humano merece y debe poseer; la propia libertad, el libre albedrío, el derecho a elegir su vida y su destino...

Pero todo eso era ya simple pura utopía. No había remedio ni solución para nadie. El destino estaba echado. Sus vidas, acaso el futuro mismo del Universo, dependían solamente de un ser, de una "cosa", de una forma de vida espeluznante y terrible: La Mente...

La nave o vehículo en que viajaba Arak, se detuvo bruscamente. Hubo un repentino y profundo silencio.

Luego, automáticamente, una puerta cedió, deslizándose en el fuselaje de aquella nave individual, parecida a una cápsula. Un atisbo de luz lívida, purpúrea, asomó a ramalazos por el hueco recién abierto.

Afuera, en alguna parte, una voz sorda, retumbante, pareció sonar en el cielo mismo, con ecos profundos y estremecedores:

—Soldado Arak de Tebas, sal de la nave... ¡La Mente te espera! Vas a conocer al más terrible poder del Universo. Y después..., ¡después serás absorbido por él, para nutrir sus células cerebrales!

Serás pronto parte de La Mente…

Arak sabía que debía salir y enfrentarse a su destino. No había otra senda posible.

Se armó de valor. Y dominó su ira, su furiosa exasperación. Avanzó, con paso firme, elástico. Sus piernas largas, musculosas, se movieron pausadas. Salió de la nave. Pisó un suelo oscuro y rugoso.

Encima de él, la noche era púrpura, con luminiscencias remotas de estelas de astros y mundos lejanos, allá en la gran nebulosa espiral de Andrómeda…

Buscó a La Mente con los ojos, con todos sus sentidos. No la encontró. No vio a La Mente por parte alguna. Sólo cielo púrpura, estrellas remotas, mundos azules, estelas de luz estelar lívida y fosforescente… Y soledad. Soledad absoluta en torno suyo. Y silencio. Un silencio terrible en derredor. Como si fuese la misma muerte. Como si hubiera regresado al momento supremo de su fin en la tumba hermética de Tebas, allá en su planeta.

Pero no. No estaba en la Tierra. Aquello no era Egipto. No había ríos, papiros, lotos, ni cielo azul, ni tumbas faraónicas. Nada de eso. Había noche extraña, fantástica. Y estelas de luz eterna, y polvo de estrellas, y luminosidad cósmica…

Y él, extraña, fantásticamente erguido en un pequeño, rocoso, oscuro, rugoso y feo mundo opaco, sin luz ni vida aparente.

Abandonado en el asteroide Xaal.

—Extranjero, guerrero Arak de Tebas, trata de entender. Usa tu cerebro, si sirve de algo, y olvídate de los músculos —retumbó una voz profunda, dominante, dentro de su propio cráneo—. Yo, La Mente, estoy aquí. Búscame. Vamos, busca. ¿No me encuentras? ¿No me ves? ¿Sólo sabes manejar tu fuerza, tu físico, y no tu pobre mente ridícula?

Arak de Tebas vaciló. Dio unos pasos. Buscó, en vano. Intentó ver o presentir a La Mente, en aquel vacío, en aquella soledad silente del asteroide Xaal. Fracasó. No vio nada.

Y, de repente, creyó verlo todo.

Horrorizado, supo qué era La Mente… y dónde estaba.

*

Ruinas.

Todo ruinas. Silencio, escarcha, costras de hielo en una negra y lúgubre noche helada. Muñones de metales y plásticos que fueron hermosos. Entre todo ello, sangre, muerte. Los humanoides de Áurea, eran ya leyenda. O poco menos.

La gran mayoría yacían sin vida. Otros agonizaban. Y eran rematados por los Ejecutores de La Mente, seres azules, fríos y

despiadados, movidos por una rígida obediencia al poder supremo que les guiaba. Los Ejecutores recorrían esas ruinas. Iban aniquilando la escasa vida que quedaba por doquier.

Vultar deseó morir. Se preguntó si sería también eliminado, rematado por los feroces enemigos sin piedad. También se preguntó dónde estaría ahora Draga. La hermosa y dulce Draga, de los cabellos de plata y los profundos ojos del color de la miel en su rostro de marmórea belleza…

Todo había terminado. Absolutamente todo. Sus sueños de amor, de paz y de libertad para los humanos. Su ciudad en las nubes, como una evasión de la realidad y de los problemas a ras de la tierra de aquel satélite adonde cualquier día podía llegar la furia de La Mente, como ahora había llegado, pese a todo. Incluso a pesar de un aliado indómito y audaz como el guerrero Arak…

Ahora estaban vencidos. Derrotados. Aplastados…

Se incorporó Vultar entre las ruinas. Contempló sus ropas desgarradas, su brazo ensangrentado, su mano abrasada por la lluvia de fuego, y ahora cubierta por el hielo de la lluvia gélida. Hubiera querido llorar ante su ciudad aniquilada. Pero no era tan débil como para eso. Quizá tampoco hubiera tenido fuerzas para el llanto, de haberle sido posible…

Anduvo, tambaleante, entre las ruinas de los orgullosos edificios de la ciudad ideal. Los Ejecutores aún andaban lejos. Se movían en escuadrones de muerte, por los diversos sectores urbanos, terminando con los moribundos, comprobando la muerte de los demás. Había hileras de prisioneros más allá. Prisioneros ilesos. Humanoides de Áurea, útiles para cualquier labor física. También para otras cosas. Vultar se estremeció. Era fácil imaginar su destino: alimento de La Mente. Educados, controlados, elegidos conforme a su mayor índice mental. Y luego…, los mejores, irían a los superquirófanos, para ser trasplantados hasta el gran cerebro viviente que regía los destinos de Thor. Los inútiles, los escasamente inteligentes, pasarían a las galerías de trabajo, hasta morir extenuados.

Era su destino. Nada ni nadie podía impedirlo ya.

El, Vultar el Mago de la Ciencia, el creador de un paraíso artificial, pero hermoso y esperanzador, en la bella y radiante Luna Áurea… nada podía intentar siquiera. Su poder, su fuerza mágica, que en realidad fue siempre científica, había quedado tan fuera de combate como la ciudad de las nubes, como la belleza de Áurea, como los sueños de liberación y de victoria sobre el Mal…

Vultar se dejó caer de rodillas. Vio aparecer a la escuadra de Ejecutores, con sus armas letales en la mano, volviendo el recodo de uno de los hermosos edificios convertidos en ruinas por las dos grandes lluvias, la de fuego y la de hielo, enviadas por las infernales

máquinas de La Mente. Se tiró de bruces, tras bañar su propia cabeza en la sangre que formara charco, al brotar de sus heridas. Quedóse inmóvil...

Nunca las pisadas de los aniquiladores de piel azul resultaron tan estremecedoras, tan inquietantes, tan decisivas para Vultar. Pero, finalmente, tras detenerse ante él, siguieron adelante. No fue rociado con el chorro aniquilador de su arma, que hubiera hecho de él una horrible figura humana, crispada y abrasada. Ellos se fueron, finalmente.

Vultar se irguió. Caminó, vacilante, de nuevo, cuando vio que ellos se habían ido definitivamente, en busca de otras víctimas que mostraran señales de vida. El Mago de la Ciencia avanzó entre las ruinas, decidido. Buscando su laboratorio. O sus ruinas, cuando menos. Poseía algo, simplemente una pequeña cosa definitiva, celosamente guardada. Podía marcar el futuro destino del Universo. Y de muchas otras cosas. Nunca pensó en utilizar aquella insignificante pieza de su Ciencia —insignificante, cuando menos, en su simple apariencia—, para hacer algo definitivo. Ahora, todo era diferente. Había llegado el momento. Era la ocasión de intentarlo todo. Si es que aún había ocasión. Los resultados, en modo alguno podían ser peores que lo que ya había sucedido.

—Si, al menos, hubiera quedado algo en pie, si la cápsula existiera... —musitó Vultar entre dientes—. Tal vez ni siquiera eso sea ya posible...

Avanzó un trecho. Saltó sobre ruinas, sobre muertos, sobre los residuos tristes de su hermosa Residencia de las Nubes, la aérea ciudad de la hermosa luna atacada por las fuerzas perversas de La Mente.

De repente, emitió un grito ronco. Supo que estaba perdido. Una mano fuerte tapó su rostro, su boca. Un brazo firme rodeó su cuello. Estaba débil y vacilante. No pudo resistir aquella fuerza física. Forcejeó, pero se vio arrastrado. La oscuridad se hizo en torno suyo. Le habían introducido entre ruinas, en un sombrío rincón de la urbe destruida. Esperó la muerte, a manos de un grupo de Ejecutores de La Mente.

Y entonces sonó la voz a su lado, susurrante:

—Ni un grito, ni una voz, Vultar. Nada de alarma. Silencio, por favor. O los dos estaremos perdidos...

—¡Draga! —exclamó Vultar, atónito, reconociendo la voz suave, profunda, de la hermosa muchacha de los cabellos de plata.

*

—Sí, Vultar. Draga. Soy yo.

Los ojos de Vultar se habituaban a la oscuridad. Identificó al fin la mancha leve, plateada, de la melena de Draga. Y una silueta rosada, apenas dibujada sutilmente en la sombra.

—Draga… —musitó el Mago de la Ciencia—. Aún vives…

—Espero sobrevivir. Estoy ilesa. Tú pareces herido, Vultar… Estás débil, agotado.

—He sangrado mucho. Mi brazo, mi hombro, mis manos… Quemaduras, heridas… Ha sido terrible.

—Terrible, Vultar. He visto el caos, luego la masacre de los moribundos, finalmente la captura de los física y mentalmente capaces… —la voz de ella era un susurró—. Vultar, debemos salir de aquí…

—¿Adónde? Lo más cercano a nosotros es el planeta Thor… y ese maldito asteroide desolado, Xaal… Cualquier sitio es malo. Y esto es ahora un infierno, en vez de un paraíso. La Mente cobró fuerza. Pudo aniquilar mi obra. La obra de los seres libres de Áurea…

La Mente ha sido reforzada por nuevas mentes vigorosas, seleccionadas en otros mundos remotos. Las de Áurea no serán tan eficaces. Necesitará hileras de cautivos para su exclusivo alimento… ¡Es horrible todo esto, Vultar!

—Horrible, sí. Pero está sucediendo de este modo, y no vale lamentarse, Draga —estudió a la semidesnuda joven, cuyos formas físicas enmascaraba la oscuridad, aunque dibujándose débilmente sus prominencias voluptuosas a los reflejos suaves, dorados, de la triste claridad exterior, en aquel mundo yerto. Añadió Vultar solemne—: ¿Qué piensas hacer en estos momentos?

—No lo sé. Pero haré algo. Soy rebelde, tú lo sabes. Lucharé hasta morir. Y aún no he muerto.

—¿Nos falta mucho, realmente? —dudó Vultar, amargo su tono.

—No tengo respuesta a tus preguntas y a tus dudas. Sólo sé que no me rendiré. Por nada del mundo. Y menos, estando Arak en peligro.

—Arak… Ese extranjero a quien creí capaz de vencer incluso a La Mente… ¿Estás enamorada de él Draga?

—Sí, lo estoy. Haré lo. que sea en su favor.

—Ni siquiera sabemos dónde puede estar ahora… —suspiró Vultar, con escepticismo.

—Yo lo sé —afirmó Draga, rotunda.

—¿Tú? —pestañeó Vultar en la sombra—. Imposible. ¿Cómo?

—Hablaron los miembros de una de esas patrullas ejecutoras… Su jefe era un oficial de la Torre del Poder, en Thor. Le oí comentar los hechos.

—¿Qué hechos?

—Sobre Arak, nuestro amigo del planeta Tierra… Cayó prisionero. Fue vencido por La Mente y sus leales servidores. Y, naturalmente,

enviado ante... La Mente.

—¡Oh, no! —se horrorizó Vultar—. Quizá por ello... La Mente supo cómo destruir nuestro mundo satélite... Tuvo la suficiente capacidad mental y estratégica para aniquilar nuestra ciudad aérea, por el bloque de las fuentes de energía, a través del fuego primero y del hielo después...

—No, no creo eso. Por lo que decían, Arak de Tebas aún no ha muerto. Ha sido enviado recientemente ante La Mente. Para verla cara a cara, para saber qué es, cómo es... y luego, lentamente, ser absorbidos sus pensamientos, sus ideas... y por fin, TODO EL engullido por ese ser horripilante, Vultar...

—Engullido... —se estremeció el Mago de la Ciencia, ante aquel nuevo horror—. Y previamente, todas las ideas de Arak... absorbidas y asimiladas por La Mente, para convertirse en un soldado, para dirigir a su gente a la victoria total, como así lo ha logrado... o está a punto de lograrlo...

—¿Crees que no lo ha conseguido totalmente? —preguntó Draga con tristeza, mirando al exterior con gesto desolado—. ¿Qué queda de nuestro pueblo feliz y alegre? ¿Qué queda de lo que fue un hermoso mundo en paz? Si he salvado mi vida, fue milagrosamente, como te ha ocurrido a ti, pero no sirve de mucho ante el caos que nos rodea, y que es ya definitivo, Vultar. Eso no puede escapar en modo alguno a tu entendimiento, a tu clara inteligencia.

—Lo sé todo, Draga. Pero aún existe una posibilidad. Un medio de luchar contra La Mente, jugándoselo todo a una sola carta...

—¿Luchar? —se extrañó la hermosa criatura de los cabellos de plata—. ¿De qué modo?

—Destruyendo también — declaró Vultar con frío odio—. Destruyendo al Mal... y pereciendo a la vez uno mismo. Morir matando, en suma. A fin de cuentas, ahora ya no importa demasiado...

—¿Cuál es tu idea, Vultar? ¿Qué secreta baza guardas escondida? —indagó ella, tensa.

—Te la diré en seguida. Ven conmigo. Si queda algo de mi laboratorio en pie, si mi recinto más íntimo no ha sido totalmente aniquilado con lo demás... hay una esperanza aún, aunque remota... Algo en lo que estuve trabajando durante mucho tiempo, últimamente..., pero que ni siquiera sé si es un logro positivo, o solamente un proyecto imperfecto y, por tanto, inútil ante La Mente...

—Vultar, si pudiéramos salvar a Arak, esté donde esté ahora... Saber, cuando menos, dónde se halla, intentar algo en su favor... —habló Draga del tema que la obsesionaba.

Vultar la miró fijamente. Habló en un murmullo ronco:

—También eso sea, quizá, posible. Pero todo depende de lo

mismo. Mi laboratorio, mi instrumental científico y técnico… Vamos…, Draga. Afuera empieza a oscurecer. Las fuentes de la energía de Áurea ya no emiten luz ni dan vida… La noche será sombría y helada, con ese pedrusco horrible de Xaal, suspendido sobre nuestras cabezas, como única luna… Pero esa misma oscuridad puede ayudarnos tanto a llegar a lo que quede de mi laboratorio, Draga…

Ella asintió, con voz grave, con decisión:

—Sí, Vultar. Vamos. Vamos, y que todos los dioses nos ayuden. Los nuestros, los de Arak, los dioses todos del Universo, si es que todos ellos no son, en definitiva, uno solo…

CAPITULO IV

Arak, crispado, lo supo todo en aquel momento.

Supo, al fin, cuál era la horripilante verdad. Supo qué, quién era La Mente, y dónde estaba...

Supo que la tenía ante sí. Que la estaba viendo, casi palpando... sin saberlo hasta entonces. En suma: la estaba PISANDO.

¡La Mente era EL PROPIO ASTEROIDE XAAL!

El Asteroide... Una masa encefálica colosal, monstruosa. Un gigante hecho de materia gris y rugosa. Debió imaginarlo. Así era Xaal: gris, rugoso. A distancia, podía parecer duro, pétreo. La corteza que le rodeaba, soportaba elásticamente su débil peso. Pero, en realidad, era una materia semejante a la corteza cerebral de un ser viviente.

La Mente, por algún extraño fenómeno que se perdía en la noche de los tiempos y de los espacios, era aquello. Un horror espeluznante, enloquecedor. Algo que él pisaba, que él tenía bajo sus pies inseguros...

Una especie de risa larga, siniestra, retumbó dentro de la bóveda de su cráneo. La risa de La Mente... perdiéndose en los recovecos de profundos sonidos rebotados en su cerebro... Era la risa de la burla, del triunfo, del poder...

La risa del auténtico amo de Thor. De lo que podía llegar a ser, con una eternidad por delante, amo de mundos, de galaxias, de infinitas extensiones cósmicas. Se sintió repentinamente débil, insignificante, vencido. . Se sintió en poder de aquella masa demoníaca que rebosaba poder, dominio, magnetismo, fuerza mental, malignidad, odio destructor...

—Ahora sí... —musitó La Mente dentro de él—. Ahora sí entiendes, ahora sabes... y sientes el horror de tu miedo, la desolación de tu pobre insignificancia... Arak de Tebas, no eres nada ni nadie ante mí. ¡No tienes valor alguno, físico ni mental! Yo, solamente yo, puedo gobernar tu voluntad, tu vida, tu ser... ¡Y he dispuesto tu fin! ¡Ven, Arak! ¡Ven a mí... y húndete en la sima de mi poderío, de mi fuerza vital...!

Inesperadamente, como en un suelo volcánico, la superficie odiosa de Xaal se abrió con extraños orificios, como cráteres. Rugosos granos reventaban, abriéndose aberturas, boquetes de forma dantesca, por los que escapaba un frío hedor, una fuerza absorbente, diabólica y repulsiva...

Arak... se sintió arrastrado hacia uno de aquellos cráteres inmundos. Como si un viento intangible le arrancara, llevándole hacia

la sima del horror y la perdición. Supo que no podía hacer nada. Supo que estaba perdido, hundido, muerto, destruido..., absorbido, devorado por aquella repugnante, odiosa materia...

Su último pensamiento, cerca ya de los bordes rugosos y feos del cráter palpitante que le esperaba, sin saber por qué, fue para ella. Para Draga, la hermosa criatura de la luna Áurea...

—Draga... —musitó. Y su mente añadió un absurdo pensamiento, que quizá se perdió para siempre en las estrellas—: Draga, estoy en Xaal... ¡Y Xaal ES La Mente...! Adiós, amada y hermosa Draga... A fin de cuentas, vuelvo a la Muerte, de donde jamás debí salir...

Y su cuerpo alcanzó los bordes de la grieta circular, palpitante, fétida y horrible... Un instante después, Arak de Tebas se sumergía para siempre en la materia gris, viscosa, del más gigantesco cerebro viviente jamás existido en rincón alguno de los espacios...

*

Y Draga lo captó. Draga recibió el supremo pensamiento, condenado a perderse en la noche infinita de los mundos y de las galaxias.

—Vultar! —gritó—. ¡Vultar, es él, es Arak! ¡Sé dónde está... y sé dónde está La Mente!

Vultar sonrió tristemente. Contempló la rígida figura de Draga, envuelta en luminiscencia del cilindro vidrioso de su Cámara de Transporte de la Materia.

—Bien —habló mansamente—. Entonces..., ¡hágase, con todas las consecuencias! Draga, formula el nombre del lugar. Cierra tus ojos, concéntrate... El receptor-emisor de ondas mentales ha funcionado. Captaste la llamada mental de Arak. Ahora, espero que mi mecanismo actúe, y tu cuerpo se traslade en décimas de segundo al lugar elegido por ti. Draga..., ¿adónde va tu cuerpo en este momento?

—¡Al asteroide Xaal! —jadeó ella, en éxtasis, dentro del cilindro luminiscente.

Rápido, el dedo de Vultar, dominando el científico su sorpresa, pulsó un botón. Hubo un chispazo, una luz cegadora en el cilindro. Draga se volatilizó, convertida en simple y pura luz.

Dentro del tubo luminoso, no había nada, al extinguirse la neblina luminiscente. Draga había partido. Vultar cerró sus ojos angustiados, tembló su cuerpo, con el escalofrío del miedo, pero también con el estremecimiento de la esperanza.

—Ahora, todo está en manos del Creador de mundos —susurró—. Suerte, Draga, valerosa criatura... Suerte para ti y para tu amado Arak, que puede salvarnos...

*

Arak comenzó a sentirse absorbido, engullido.

La sima circular, el cráter horrible, abierto a voluntad de La Mente en su superficie, la que todos creían superficie del satélite Xaal, estaba tragándole en vida, sumergiéndole en una materia densa, pegajosa, gris y blanda, de un fofo espeluznante, donde terminaría agonizando, muriendo, vencida su mentalidad y su naturaleza por el viviente horror en órbita. Por el cerebro flotante en el espacio, como satélite vivo y aterrador del remoto planeta Thor…

—Oh, no, no… —jadeó, frenético—. ¡Debo evitarlo, debo luchar hasta el último momento!

Y luchó. Aferróse a la superficie dura, resbaladiza, la costra cerebral de La Mente, pugnando por no penetrar en aquella hondonada viscosa, grisácea, de repelente hedor, de palpitante vida dominadora…

Luchó como jamás luchara en su vida. Se debatió, como pudo hacerlo en un campo de batalla, rodeado de cadáveres nubios o libios, allá en las fronteras del Imperio, en sus tiempos de invicto guerrero. Enfrentado a enemigos implacables, capaces de aniquilar su país, de destruir aquello que él defendía hasta los límites de la humana resistencia.

Luchó hasta terminar las fuerzas.

La pugna inútil, pero heroica —todo lo heroico, en el fondo, resulta tremendamente inútil—, duró unos instantes. Unos frenéticos, rabiosos instantes de lucha contra lo invencible, contra lo inexorable. Y, por fin, la lucha llegó a su fin. A su irremediable fin, que no era sino el fin propicio. El fin de Arak de Tebas; terrestre y guerrero, hombre arrancado a la misma suerte, más allá de su helada y oscura frontera, en una remota tumba de los tiempos faraónicos del planeta Tierra…

Y, al fin, empezó a sentirse atraído, succionado, absorbido por la sima gris, palpitante y amorfa, bajo la costra desolada del asteroide Xaal.

Gritó, ronca, agudamente. Se hundió en lo irremediable. En la hondonada que se abría, como una golosa boca ávida, deseosa de comer, de engullir, de destruir en su propio beneficio…

En ese momento, el ramalazo de luz estalló sobre su cabeza.

En ese instante, una chispa se hizo mancha luminosa. La mancha luminosa se hizo perfil, se hizo forma. La forma de ella. La forma de Draga…

—¡Draga! —aulló Arak de Tebas.

Ella le miró, apenas materializada. Sus grandes ojos color miel, se clavaron en él. Le vio desaparecer. Gritó. Corrió en vano hacia el

horrendo cráter viviente que empezaba a cerrarse, tras la monstruosa succión…

—¡Arak, espera! —jadeó—. ¡Lucha! ¡Arak, traigo acaso la salvación de todos! ¡Arak…!

El cráter palpitante se ajustaba. El orificio se iba cerrando, como una barrera inexorable entre ella y la sima gris de vida mental…

Draga lo intentó a la desesperada. Quizá era demasiado tarde, pero había que intentarlo. A toda costa. Y se arrojó sobre el cráter que se reducía y comprimía, rugoso y chirriante.

Trató de ser engullida, sin resistencia. Trató de seguir a Arak en su camino atroz hacia la muerte más extraña e increíble de todos los tiempos.

*

Arak la oyó. Sus palabras retumbaron en sus oídos, como una lejana y dormida esperanza.

Arak intentó todo lo posible. Se aferró a tejidos, a membranas, a tendones que sin duda no eran sino manojos de gigantescos nervios, dentro de la flotante masa encefálica.

Alrededor suyo, una especie de ensordecedor zumbido, de energía mental desatada, llegaba en ondas enloquecedoras, aturdiéndole. Luchaba contra todo. Contra eso, contra la fuerza de absorción de la masa cósmica que era, a la vez, asteroide y cerebro, cuerpo celeste y mente viva, materia y energía…

Colgó de una escena de largo, opaco, oscuro túnel gris, blando y palpitante. Los muros eran membranosos y nervudos, células vivientes y llenas de poder…

Luego, arriba, se cerró el cráter. Total, absolutamente. Se hizo la oscuridad.

Pero dentro del túnel descendente, corriendo vertiginosa hacia su fondo, pasaba alguna forma. Una figura humana. Una figura de mujer, flotando su cabello plateado… Luminoso su vestido fosforescente, que permitía verla en la sombra.

—¡Arak, mi mano derecha! —gritó ella, cuando corría en descenso, hacia donde él se aferraba como a los muros curvos de un espeluznante túnel vivo, de paredes palpitantes—. ¡Arak, utilízalo…!

Ella pasaba ya a su lado. Vertiginosa, lanzada, dando tumbos. Estiró su brazo derecho, su mano diestra crispada. Arak tomó algo de aquellos dedos. Algo insignificante, increíblemente pequeño. Una simple cápsula de metal plateado, luminiscente también. Cerró los dedos en torno a ella. Angustiado gritó, mirando al fondo de la horrenda sima viva, por la que ella se perdía, ya definitivamente, rumbo a un ignorado y oscuro destino, en el fondo del gran cerebro

viviente…

Arak supo que tenía algo en sus manos. Algo que podía significar la salvación. Ella, Draga lo había dicho.

Aunque ambos murieran, en un holocausto inexorable, valía la pena. Si, valía la pena…

Ya se desprendían sus dedos de los nervios vibrátiles de aquel colosal cerebro en cuyo interior, blando y repugnante se debatía.

Entonces, su mente recibió una orden. Sus nervios y músculos, el impulso preciso para cumplir la orden mental. Esta era escueta, fría. Le llegó por transmisión telepática, por algún poder ignorado, lejano, que establecía contacto mental con él:

—DESTRUYE, ARAK. PRESIONA LA CAPSULA. SOLO ESO BASTARA… ¡PRESIONA!

Y presionó.

Vaya si presionó. Con la fuerza ciclópea de sus nervudos, musculosos, fuertes dedos de guerrero… Aquellos dedos que doblaban una ballesta, un arco, que disparaban un carcaj de recias flechas, allá en Egipto.

Aquellos dedos vigorosos, de soldado y de hombre rabioso, desesperado.

Presionó. Estrujó el metal luminiscente. Sintió su chasquido, el áspero crujido al quebrarse. Y eso bastó. Eso fue todo.

El resto, fue luz. Ruido, caos, apocalipsis…

*

El resto, fue destrucción y muerte.

Todo reventó en torno suyo. Su cuerpo pareció estallar, brincar, rebotar, perderse en un mar de luces y constelaciones. Alrededor, jirones de lo que fuese un cuerpo de oscura materia, flotaron en el vacío cósmico.

Y como en un sueño imposible, como en un alucinante apoteosis inalcanzable, se encontró con la silueta luminiscente de Draga, flotando en el vacío, bajo la luz de las estrellas lejanas. Se encontró con ella. Se miraron los dos, se extendieron sus brazos, se unieron sus manos, como en un fantástico ballet cósmico, y voltearon, voltearon, voltearon, perdiéndose en una negrura que se hizo primero resplandor púrpura, luego luz dorada, al final esplendor deslumbrante, pura luminiscencia vital…

Acaso era la Muerte. La Eternidad.

Acaso Arak de Tebas, que fue más allá de la Muerte en su remota tierra de Egipto, en un lejanísimo planeta, al fin había encontrado la verdadera paz en una muerte definitiva y total, de la que jamás se regresaba…

FINAL

—No, Arak. No fue la muerte...

—¿No? ¿Tampoco..., esta vez?

—Tampoco esta vez —sonrió Vultar el Mago de la Ciencia—. Volviste con vida. Y ella también...

—¿Ella? ¿También... Draga?

—También Draga. Los dos volvisteis. Lo peor quedó atrás. Para vosotros, y para todos. Thor vuelve a la vida. Áurea ya no será necesaria, como luna que conserve la vida, la paz y la felicidad, en lucha contra la tiranía. El viejo monstruo, el coloso cósmico, ha desaparecido.

—¡Desaparecido! ¿Te refieres... a La Mente?

—Me refiero a La Mente, sí. A Xaal, el falso asteroide. Al enorme cerebro flotante, a la forma de vida mental llegada en el pasado, sólo sabe el Creador de qué remoto confín de las galaxias, donde la vida adopta formas extrañas, peligrosas y terribles...

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo pudo suceder? Yo estaba solo en Xaal, yo supe que aquel asteroide horrible ERA La Mente... Luego, fui absorbido. Y también ella. Me entregó algo, una cápsula... Y fue el fin...

—Fue el fin, sí. Pero el fin de La Mente... —Vultar sonrió—. Mi arma suprema resultó.

—¿Qué arma suprema, Vultar?

—Todo estuvo en mi laboratorio. Se salvó, por fortuna y pude establecer contigo relación telepática, a través de mi Tele-Mental. Me dijiste dónde estabas... Envié a Draga por medio de mi Transportador de Materia, apenas conocimos tu punto de destino... Casi llegó tarde. Pero pudo entrar en el gran cerebro. Y entregarte la cápsula salvadora. La única arma que yo poseía... Imperfecta, sin ensayar aún... Pero alguien, acaso el Dios de todos los mundos, quiso que fuese suficiente. Y vencimos, Arak...

—¿Qué... qué clase de arma me diste, Vultar?

—Era solamente un ensayo. Una prueba... Antipartículas de una determinada materia. Antimateria, ¿entiendes?

—Antimateria... ¿de qué? —gimió Arak, sorprendido.

—Antimateria cerebral. Antipartículas de cerebro... —suspiró Vultar. Inclinó la cabeza—. Y resultó...

—Resultó... —Arak sacudió la cabeza—. Pero... ¿y nuestros propios cerebros? Pudieron resultar destruidos también...

—Yo había trabajado con partículas de cerebros de Thor, no de Áurea ni, naturalmente, de tu mundo lejano... Ese supercerebro era,

después de todo, imagen y semejanza de los voluminosos cerebros de Thor, de los hombres azules dirigidos por él… En realidad, siempre estuve seguro de algo, Arak. De la horrible posibilidad de que los hombres cerebrales y azules de Thor… eran HIJOS de LA MENTE, criaturas suyas…

—Cielos, no…

—Sí, Arak. Se ha demostrado. NI UN SOLO HOMBRE AZUL ha sobrevivido. Todos murieron CON SU MENTE, DESINTEGRADOS. Vosotros, yo, los humanos cautivos de Áurea…, hemos sobrevivido. Es la respuesta que esperaba. La respuesta que deseaba…

—Ahora comprendo —dijo—. Ahora comprendo por qué eres llamado el Mago de la Ciencia, Vultar, amigo…

Se incorporó. Echó a andar, calmoso, hacia una salida. Mientras tanto, preguntó, con voz apagada:

—Dime algo más que ignoro: ¿Cómo regresamos vivos aquí, ella y yo, al reventar el gran cerebro espacial?

—Sencillo, Arak… Apenas envié allí a Draga… dispuse el Transportador de Materia para hacer regresar desde Xaal a TODO LO HUMANO que allí hubiera. Resultasteis ser vosotros dos…, y nada ni nadie más.

—Entiendo —Arak inclinó la cabeza, aturdido aún—. Gracias, Vultar. Gracias por todo …

—Arak, una última palabra… —habló el Mago de la Ciencia.

—¿Cuál?

—Puedo… puedo enviarte a la Tierra de nuevo. Puedo devolverte a tu país, a tu vida, a tu lugar en el espacio… El Transportador de Materia funciona y…

—No, Vultar —sonrió Arak de Tebas—. No me atrae mi Egipto. No me atrae mi tiempo ni mi gente. Fui rechazado por ellos. Enviado a la Muerte, de la que volví a vuestro lugar en los soles y las galaxias. No, Vultar. Me quedo, porque aquí puedo ser feliz, puedo vivir a vuestro lado…, y al lado de Draga…

Se alejó. Vultar preguntó, aunque sabía que era una pregunta innecesaria:

—¿Vas… en busca de Draga?

—Sí —suspiró Arak—. Voy en busca de Draga…

FIN

[1] Djet significa «serpiente». Era nombre aplicable a reyes y sacerdotes, en Egipto. Téngase en cuenta que cuanto aquí se relata, salvo lo puramente novelesco y ficticio de sus personajes protagonistas, es auténtico, histórico y por completo fiel a la realidad.

[2] Rituales que forman parte del "Libro de los Muertos", describiendo el viaje del difunto a la Eternidad.